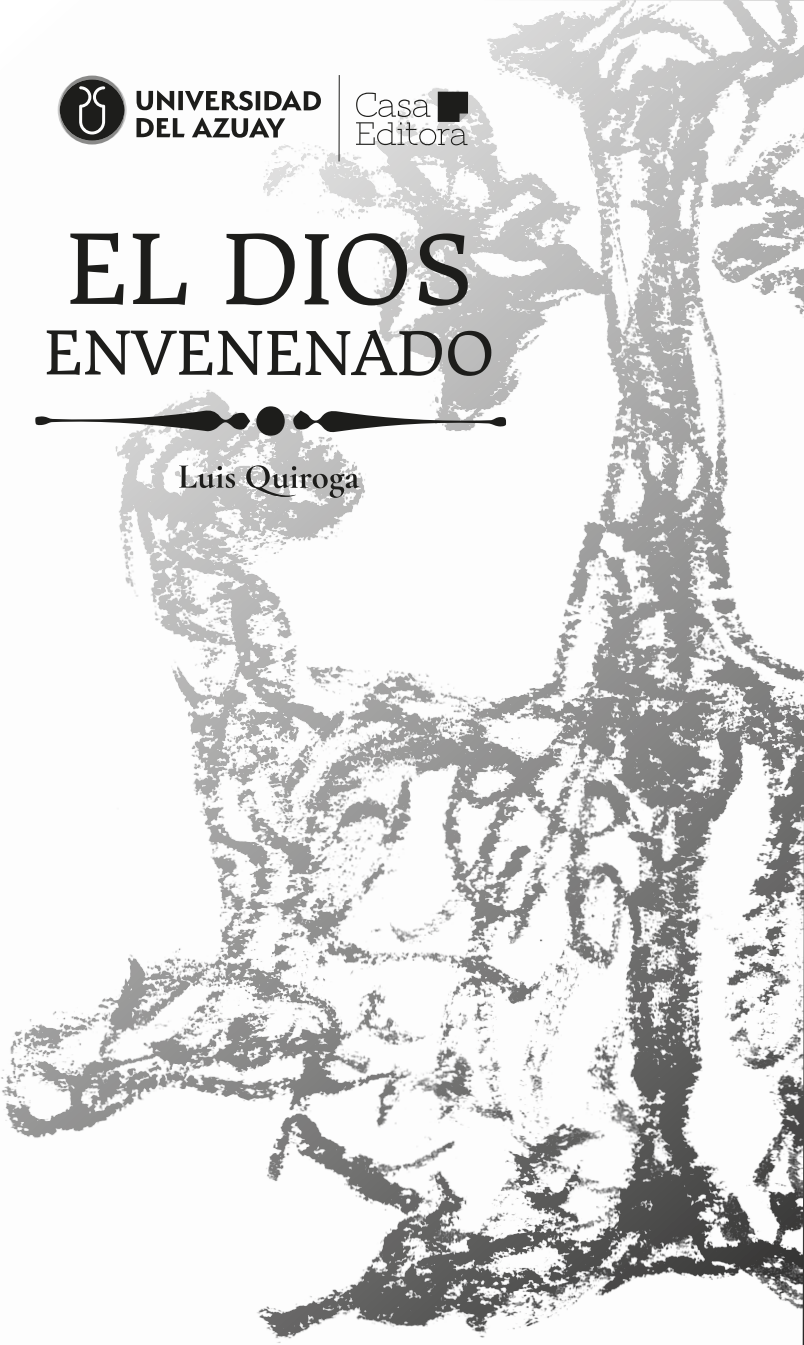
UNIVERSIDAD DEL AZUAY
Casa Editora

EL DIOS ENVENENADO

Luis Quiroga



UNIVERSIDAD DEL AZUAY
Casa Editora

EL DIOS ENVENENADO

Luis Quiroga

Quito – 2017

UNIVERSIDAD DEL AZUAY | Casa Editora

Francisco Salgado Arteaga, PhD.
Rector

Martha Cobos Cali, PhD.
Vicerrectora Académica

Jacinto Guillén García, Mgt.
Vicerrector de Investigaciones

Toa Tripaldi Proaño, Mgt.
Directora del Departamento de Comunicación y Publicaciones

Autor:
Luis Quiroga

Revisión de estilo:
Paulo Freire Valdiviezo, Mgt.

Diseño y diagramación:
Paula Zabala Torres
Jhonn Alarcón Morales

Ilustración de portada:
V. de Valencia
Rorschach 1, 2019

ISBN:
978-9942--778-97-0

e-ISBN:
978-9942-778-98-7

Impresión:
Imprenta Digital
Universidad del Azuay

Cuenca, junio de 2019.

ÍNDICE

PRÓLOGO 6

FRANCISCO ANDRADE, YO CULPABLE 10

IGNACIO CHECA Y BARBA, RETRATO 12

FRANCISCO ANDRADE, EL DIOS ENVENENADO 15

FRANCISCO ANDRADE. ¿QUIÉN MATÓ A CHECA Y BARBA? 18

LA CONFESIÓN DE MACARENA 20

DIARIO DE JUAN DE DIOS SUBÍA, MARQUÉS DE TORRALBA. 24

LOS COMPLOTADOS:
LOS LIBERALES 26

FRANCISCO ANDRADE.
ME QUEMARÉ EN EL FUEGO 30

LA CONFESIÓN
DE MACARENA 34

DIARIO DE JUAN
DE DIOS SUBÍA 38

LAMENTACIONES 41

FRANCISCO ANDRADE,
LA MASCARADA 49

FRANCISCO ANDRADE.
LA INDAGACIÓN 55

LA CIENCIA ALUCINADA 58

LOS COMPLOTADOS.
LOS CONSERVADORES 61

LA CONFESIÓN
DE MACARENA 65

SAN URSICINO 68

DIARIO DE JUAN DE DIOS SUBÍA 70

LA CONFESIÓN DE MACARENA 72

FRANCISCO ANDRADE, LECTOR DE FRAY VICENTE SOLANO 74

COMENTARIOS DE FRANCISCO ANDRADE A LA CARTA DE IGNACIO CHECA Y BARBA A TODO EL CLERO Y EL PUEBLO 78

LA CONFESIÓN DE MACARENA 81

LOS COMPLOTADOS, LOS JANSENISTAS 84

DIARIO DE JUAN DE DIOS SUBÍA 87

MACARENA A SOLAS CONSIGO MISMA 89

FRANCISCO ANDRADE. NOSTALGIA 92

PRÓLOGO

En este momento en el que se cumplen ciento cuarenta años del asesinato del obispo José Ignacio Checa y Barba se ha tenido la "feliz" noticia de develar quién fuera su asesino, cuestión que se había escapado, tanto a sus contemporáneos, como a las decenas de investigadores que fueron tras ello.

Froilán Veriso, nuestro historiador de referencia, con su conocida minucia, finalmente ha localizado un documento invalorable: una carta de Checa y Barba comentada al margen por su asesino, un tal cura de nombre Francisco Andrade Coronel, hermano del canónigo Manuel Andrade Coronel quien fue acusado pero absuelto, que hace gala de su crimen y de los motivos que le llevaron a cometer este acto. He preferido intercalar los comentarios del asesino antes que ponerlo al margen, porque de esta manera se reconstruye con mayor fidelidad el razonamiento que tuvo el sacerdote.

Agradecemos a Veriso y al Archivo Metropolitano de la Historia de Quito, el haber podido utilizar este documento con el fin de recrear la muerte del obispo Checa, aunque no se ha permitido fotografiar el original. Por eso, hemos procedido a transcribirlo. El documento en cuestión puede ser consultado en la Serie Facticia del Fondo Histórico de este Archivo.

El documento descubierto por Veriso se denomina: *Voto Razonado de la Consulta General Eclesiástica. Acerca del folleto titulado: Carta a los Obispos.* Este es un documento harto conocido y autografiado por el obispo Checa y Barba, sin embargo, lo sorprendente son las notas al margen realizadas por su asesino, que copia el documento original con toda exactitud y, entonces, lo

glosa. La autoría del crimen deja poco lugar a dudas por los detalles tan precisos, por la oportunidad y momento que tuvo Francisco Andrade para llevarlo a cabo.

Además, nuestro historiador realizó otro hallazgo igualmente sorprendente: el "diario" de Juan de Dios Subía, Marqués de Torrealba, que consiste en una serie de folios mal cosidos, adosados al tercer tomo del Juicio por Envenenamiento del Obispo José Ignacio Checa y Barba, que reposa en el Archivo Nacional de Historia. No se trata realmente de un diario sino de escritos sueltos, sin un orden preciso, que este boticario oficial de Quito redactaba. Ya se verá el papel extraño que este señor jugó en la muerte del obispo.

Cabe insistir en el mérito de Froilán Veriso, historiador de largos años, con muchos trabajos reconocidos, especialmente su *Historia Fundamentada de Gabriel García Moreno y de las consecuencias de su asesinato*, publicado por las Ediciones Históricas del Ecuador -2010; que después de un largo período de estudio en Andalucía, España, en la Universidad de Puerto de Palos, en la especialidad de historia, regresó a nuestro país y no ha dejado de sorprendernos con sus hallazgos, a partir de la revisión de los archivos históricos del Ecuador.

Como puede verse en sus múltiples trabajos, Veriso ha estado siempre muy interesado en los crímenes políticos de este país, en la reconstrucción detallada de sus contextos e incluso en las implicaciones que tienen estas historias en nuestro presente, sosteniendo que esos hechos constituyen una especie de Ephapax (ἐφάπαξ), acontecimiento irrepetible que nos ha conformado en

lo que somos, especialmente en nuestros traumas colectivos. (Literalmente Ephapax quiere decir: de una vez y por todas.)

Finalmente nos dice que "hemos matado" a aquellos dirigentes que originaron a la derecha y al liberalismo -Gabriel García Moreno y Eloy Alfaro-, en sus distintas vertientes y modificaciones, por la imposibilidad que tenemos como pueblo de aceptarlos y, por eso, oscilamos de un lado a otro.

La aproximación que realizo en este texto no tiene una pretensión tan elevada; se limita a sacar a la luz la manera cómo se vivió la muerte trágica del obispo Checa y algunos hechos que han surgido en medio de la investigación que quizás son casuales o tal vez no.

FRANCISCO ANDRADE, YO CULPABLE

Si yo tuviera que declarar, si me pusieran frente a un tribunal, penal o eclesiástico, ¡qué más da!, confesaría todo, hasta el menor detalle. Los primeros sobresaltos en la noche, cuando me invadía esa oscura tentación y que la desechaba pronto, creyendo que era el demonio que me atormentaba con la envidia. Más tarde, muchos meses después, la idea me provocaba una cierta hilaridad, un gesto irónico en mi rostro que los demás atribuían a mi constante torpeza. Y llegó, finalmente, el momento oportuno como un anuncio, como una buena nueva, como una promesa a punto de cumplirse. Me lancé a preparar el gran acontecimiento. Cada paso, cada ángulo, hasta el más mínimo detalle para que nada quedara fuera de consideración. Nada más quedaba esperar el instante propicio y, entonces, asestar el golpe. Pero nunca me llamaron a un tribunal, jamás fui objeto de sospecha. Era un cura cualquiera, sin prestigio, sin opinión, encargado de tareas banales: confesar esa interminable caterva de fieles insensatos, administrar la comunión a esas bocas sucias, dar la extremaunción a aquellos que sabíamos que estaban condenados de antemano, benditos arrojados a las tinieblas, abrir la iglesia, cerrar la iglesia, tañer las campanas, arrastrar los cilicios para que los otros frailes se martirizaran, yo nunca. ¡Qué miedo le tenía

al dolor! Esperar la llegada del obispo, vestir al obispo, oír su cantaleta política, vanagloriarse de sus intervenciones en el Congreso. Yo, Francisco Andrade Coronel, declararía ante ustedes, bajo juramento, habiendo comprendido a cabalidad las acusaciones, que hice lo que tenía que hacer, que estaba escrito desde el inicio de los tiempos que así tenía que darse.

Él tuvo la idea, yo cumplí sus órdenes. ¿Qué quería Dios demostrar con este acto? ¿Su omnipotencia? ¿Reafirmar la justicia divina? O simplemente fue un descuido, de esas cosas que pasan y nadie sabe por qué.

Escribo este testimonio porque no quiero que quede sin conocerse la identidad del asesino. Algún día tiene que saberse mi nombre, comprenderse cómo quise torcer el curso de la historia, que necia, siguió su marcha sin cambiar ni un ápice.

Yo, Francisco Andrade, miembro del clero secular, quinto asistente de la Catedral de Quito, de cuarenta y cinco años, ordenado hace veinte, habiendo estudiado por mi cuenta la historia de este país, pongo en juego mi vida eterna, con el convencimiento de que ha sido el Todopoderoso quien colocó las señales, quien me guio por los pasillos de madera crujiente, quien no detuvo mi mano asesina.

IGNACIO CHECA Y BARBA, RETRATO

Ya no estás, hace tanto tiempo que no estás. El gentío enloquecido no se acuerda de ti. Los poderosos se han olvidado de ti. ¿Quién, sino yo, está para recordarte? Te llevo en mi memoria, en mis huesos, en mi carne, clavado como un cuchillo en la nuca, como una bayoneta en la espalda.

Voy a la Sala Capitular a ver tu retrato, a veces me pareces tan vivo que estás a punto de hablarme, de reprenderme. "Francisco, el vino está amargo", "Francisco, estas velas no alumbran", "Francisco, la iglesia se ve sucia", "Francisco, pásame el vino, tráeme el agua, cuelga la casulla, hazme una reverencia, hazme otra reverencia". ¡Francisco, Francisco!

Te gusta esa posición, entre animal sagrado y vulgar mortal, con el brazo izquierdo doblado y la mano sosteniendo el misal, con un dedo entre las hojas señalando el día y la hora de tus plegarias. Me quedo con tu rostro indescifrable, entre infantil y maduro. Tus ojos saben a nada, tan vacíos que daría igual que fueras ciego. Tengo la sospecha que son el reflejo de tu alma también desolada, un gran desierto en tu interior, que siempre nos ocultaste. Parecía que estabas sumido en profundas reflexiones teológicas, políticas, cuando en realidad tu cabeza sonaba a hueco, horadada desde el principio de

los tiempos, en donde solo cabían pensamientos banales, lugares comunes.

Sufres porque el tiempo para ti no pasa. Hubieras querido que te vean adusto, con las marcas de los años, pero estás allí congelado con tu rostro de niño imberbe, sin atreverte a esbozar una sonrisa, inmóvil, atento al destino que te tenía preparado.

"Francisco, el vino está amargo". Y yo inclino la cabeza, seguramente sabe mal. Es el precio a pagar. Y sus ojos rastrean mis entrañas. Está a punto de descubrirme. Me mira, me observa, escruta mi interior. Lástima para ti. Soy hermético, oscuro. Estoy hecho de sombras de sombras, de oscuridad sobre oscuridad. Dentro de mi hay más pasillos, más puertas, más ventanas clausuradas, que en el convento. Desistes y crees que ha sido un pensamiento inoportuno. Me regresas a mi nada, a mi invisibilidad, a ese anonimato que hará que jamás me descubran.

Tu frente redondeada se prolonga en una manifiesta calvicie, apenas oculta por el bonete. Y esos ridículos rizos que se escapan incontrolados. Tú, hijo de próceres, pareces un niño pueblerino disfrazado de obispo.

Te miro y pienso que hay en ti un halo, no de santidad, sino de irrealidad. Cualquiera se preguntaría, ¿cómo fue que viniste a la existencia? Una cierta inconsistencia lógica, una falacia cubre tu vida entera y se transparenta en tu rostro ahora que te has ido para siempre.

Los años se notan en tus ojeras. Sé que tú también has "asesinado al sueño" desde hace largo tiempo. Te le-

vantas casi todas las noches y deambulas por los corredores del Palacio Arzobispal mientras los demás duermen. ¿Qué buscas en esos pasillos cubiertos de silencio?

Tu boca quiere esbozar una sonrisa sin atreverse, como si una jauría de dudas te persiguiera. Tu cuerpo tambalea empujado por la incertidumbre y tu mano derecha quiere sostenerse en la mesa.

Se te ve tan artificial metido en esa casulla, amarrado por la estola, al lado de la tiara y del cáliz, sí, ese cáliz que será utilizado en el momento oportuno, en la ocasión feliz -para mí-, en el instante propicio, cuando tu tiempo se haya cumplido sobre la tierra y tu alma regrese al lugar de donde vino. Tú, réprobo, descenderás círculo tras círculo a tu propio infierno, construido

FRANCISCO ANDRADE, EL DIOS ENVENENADO

Ya estás muerto, José Ignacio Checa y Barba. Tendido en el féretro tan largo como tu nombre. ¿A qué vienen tantos lamentos? Esas farragosas homilías, esas largas disquisiciones que pierden rápidamente el hilo de la argumentación, todas insisten en lo mismo: ha sido un sacrilegio, un crimen sacrílego, ha sido un crimen y un sacrilegio horrendos. El monstruo que se esconde detrás ha mezclado la sangre de Cristo con el veneno, los fluidos divinos con la estricnina. Vertió en el cáliz sagrado la sustancia mortal. ¿Por qué tanto alboroto? Ya estás muerto, José Ignacio Checa y Barba. Si me dejaran responderles, si no estuviera impedido de hablar para evitar que me descubran, les diría, masticando cada palabra, meditando cada término, hilvanando cada frase con la siguiente, que para mí se han vuelto indistinguibles... ¡Oh, herejía, herejía! Gritos salvajes, las vestiduras se rasgan, los cilicios aprietan con más fuerza, los metales puntiagudos penetran en la carne torpe que se niega a inclinarse. Siempre que bebemos la sangre de los dioses nos envenenamos. Nadie consideró, entre la multitud de pruebas, de análisis químicos, de hipótesis, la posibilidad de que no hubiera sido la estricnina la causa de la muerte sino la sangre de Dios que hizo estallar sus pulmones, su hígado, su cerebro.

La estricnina provocó que la sangre dejara de coagularse. La pusieron en un recipiente y al día siguiente, seguía líquida y podía derramarse el rato que se quisiera. Me parece un hallazgo fabuloso. Canónigo descubre sustancia que hace que el vino convertido en sangre de Cristo permanezca líquido. ¿O la sangre de los dioses no se coagula?

Encuentro en esta retahíla de razonamientos, uno muy poderoso. Me parece que adopta la forma de un silogismo teológico muy firme y podría enunciarse así: Si la muerte fue por estricnina, entonces tuvo que ser una muerte hermosa. La muerte fue horrenda. Conclusión: el crimen tuvo otra causa que no pudo ser sino la sangre del dios.

Nada hay tan hermoso como esos cristales de estricnina apilándose hasta formar pirámides de muchas puntas, descomponiendo la luz, brillando en tonos azules y morados, con sus reflejos tan luminosos. Jamás nada tan maravilloso penetró en tu carne, José Ignacio Checa y Barba. Nunca conociste este grado de belleza. Solo la sucia Calle de los Comerciantes llena de barro por la que subes y bajas día a día, solo la plazoleta gris que atraviesas desde el Palacio Arzobispal a la Catedral, de la Catedral al Palacio de Gobierno.

Mezclan tu sangre con tantas sustancias extrañas y las dejan evaporar. Al final, siempre el mismo resultado: esos cristales relucientes, incontaminados por tu sangre, que se quedan en el fondo, renuentes a salir, vanidosos de su juego con la luz, de su maridaje con la verdad, de su regusto a eternidad que tienen.

En mi teología básica, no te mató la hermosa estricnina, no fui yo el asesino que provocó tu fea muerte. Tu Dios tomó tu vida. ¿A qué viene tanto afán por dar con la verdad? Si la encontraran, serían incapaces de admitirla.

A cada uno, su Dios envenenado.

FRANCISCO ANDRADE. ¿QUIÉN MATÓ A CHECA Y BARBA?

Todos se preguntan, ¿quién mató a José Ignacio Checa y Barba? He confesado que fui yo quien puso el veneno en el cáliz. Entonces, ¿a qué viene la pregunta? Y vuelvo a interrogarme, ¿quién lo mató? Sería preferible invertir la cuestión, contraargumentar: ¿quién es inocente?, ¿quién no mató a Checa y Barba? Cada uno puso su dosis de estricnina en el cáliz, cada uno alzó su mano contra el obispo, cada uno vertió la sangre de Cristo envenenada en su boca. En una larga fila fueron acercándose conservadores, liberales, masones, luteranos, jansenistas, frailes, comerciantes, boticarios. No fue la estricnina, fueron los panfletos, los editoriales, los sermones, los discursos de los diputados, las intervenciones del presidente, los improperios de los complotados. Yo solo oí sus voces, escuché sus imploraciones, me incliné ante sus súplicas: ¡Hay que matarlo lo más pronto posible! ¡Qué la mano no tarde! ¡Qué la voluntad no flaquee! Ellos lo mataron. Yo soy el único inocente.

Él mismo se empujó hacia el abismo, él se inclinó hacia su propia muerte, él invocó su final, él que estaba con todos y con nadie. Lo mató su prudencia, su equilibrio, su paso leve en la cuerda floja, la capacidad de su cuerpo de doblarse ante el viento, su sonrisa de

nada, sus ojos inexpresivos, su carne torturada por los cilicios, su voracidad por los alimentos, sus viajes, sus regresos, sus concilios, sus consagraciones. Todos quisieron tu muerte. En los salones, en las calles, en las sacristías, en los recodos del Palacio de Gobierno, solo se hablaba de tu muerte: cómo sería, cuándo sería, preguntaban a las cartas por la hora propicia, averiguaban a los astros por el día nefasto.

Él fue la víctima propiciatoria, el cordero del sacrificio, el profeta que anuncia grandes desastres, el que aúlla su destino, el que deja huellas, Los demás, los otros, yo mismo, seguimos sus pasos por los pasillos oscuros de la catedral, subiendo las escaleras de piedra, atravesando raudos por la biblioteca, cruzando en la penumbra de la Sala Capitular, hasta llegar a la sacristía. Allí frente al cáliz dorado, depositan su odio, su vómito, su asco, el sudor frío que les penetra hasta los huesos.

Y aún se siguen preguntando, ¿quién mato a Checa y Barba?

LA CONFESIÓN DE MACARENA

Padre, confieso que he pecado, por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.

Mi querido esposo, Juan de Dios Subía, Marqués de Torralba, boticario mayor de la ciudad de Quito, exiliado en esta tierra inhóspita, llegado del París maravilloso, todavía con los sueños románticos en la cabeza, no encuentra reposo. Extraña el "spleen" de la gran ciudad, las anchas avenidas, los carruajes y, Padre, la luz, sí, esa luz interior, a la cual quiere volver lo antes posible.

Padre, él trajo a casa en un frasquito oscuro, una sustancia blanca. Y yo le pregunto qué es, para qué sirve. Él me dice que es para un experimento. A mí me parece tan peligroso. Yo no le creo. Insiste y me dice que es estricnina: "No te atrevas a tocarla". Padre, yo me angustio.

Padre, ¿me está oyendo? Yo sé para qué fue a mi casa el otro día. Fui yo quién escondió la estricnina detrás del cuadro de la virgen. Mi esposo, Juan de Dios Subía, la trajo a casa y yo quería evitar que la usara. Le conté mi desesperación sin saber qué hacer ante una situación tan terrible.

Usted, Padre, me pide un vaso de agua. Sabe que me demoraré en hervirla y enfriarla. Entonces, hurga hasta

encontrar el veneno. Creí que era para Usted, que también Usted estaba harto de la vida de cura. Además, ¿a quién le iba a importar un clérigo menos?

Solo después me di cuenta de la insidia de su alma perversa, de la negrura de sus intenciones. No se preocupe, Padre. Me tiene sin cuidado lo que hizo. Allá Ustedes. ¡Qué tengo que ver yo con que se maten unos a otros! A mí me importa, nada más, mi hombre que cuelga de una soga.

Déjeme que sueñe que mi hombre se aproxima y me toma y yo me abro para él, adormilada. Así es como vivo ahora, sin él porque se ha ido para siempre. ¡Cómo iba a imaginarme que se colgaría de la viga más alta de la casa! ¡Cómo no me di cuenta! Escondí el veneno y le empujé a la soga.

Padre, confieso que hoy voy a pecar y que nada me detendrá.

Miré cómo me he vestido, de rojo y verde, cómo chilla lo que llevo puesto, parezco una puta cualquiera, de esas que rodean las mesas de billar. Usted debe conocerlas muy bien. Me quité el velo negro, quemé la manta negra, me pinté la boca con este morado encendido color de obispo. Óigame, Padre, cómo blasfemo, cómo grito contra su dios o sus dioses, los que quiera, los que tenga. ¡A mí qué me importa en qué cree usted! Yo estoy aquí para someterme al pecado, para arrodillarme ante la lujuria, para inclinarme ante la gula, para arrastrarme de la ira. Y ahora, Padre, iré a buscar a esa soldadesca tendida en los portales, al acecho de la pre-

sa, lista para el asalto. Escogeré un soldado maltrecho, con su ropa raída, los pies descalzos y la bayoneta oxidada. Lo levantaré del suelo y lo llevaré conmigo. Le pediré que me parta en dos y así quedaré convertida en una Macarena izquierda y una Macarena derecha. Cada una recostada sobre una cajonera abrirá las piernas a los merodeadores, a los callejeros, a los aguateros, a los curas. Después lo arrastraré hasta mi casa, le haré subir las gradas a empellones, a golpes le obligaré a bajar el cuerpo del infeliz que cuelga hace días y ya apesta. Él quiere vomitar, pero yo no le dejo. Le obligo a darse prisa, a que arrastre el cadáver por el piso, que descienda por las gradas. Se oye el ruido de su cráneo chocando con cada escalón. Tomaremos la primera carretilla que pasa. Rápido, rápido, al cementerio de los protestantes. Vamos a lanzarlo a la fosa común. Allí están los fusilados, las alimañas, los excomulgados, las ratas dichosas celebrando el festín. Ahora, Padre, allí mismo, al borde de la fosa, soy una mujer impúdica, abro mi sexo y le pido a mi soldado que lo lama, con su lengua áspera, con su aliento alcohólico y que sienta cómo destilo amargura entre mis piernas. No puedo detenerme, no debo hacerlo. ¡Baja a la fosa! ¡Sácalo de allí! Otra vez con el cadáver subimos y bajamos por las calles empinadas, ascendemos y descendemos, del cielo al infierno y de regreso. ¡Dispárale en el vientre! ¡Perfórale los intestinos! Nos detenemos frente a un gran barril, al que llenamos del aguardiente más barato. ¡Mételo dentro! Así lo embarcaremos hacia su querida Europa, allá que siga escribiendo su diario maldito, allá que se

cuelgue de una soga tantas veces quiera. Y ahora, Padre, el soldado no aguanta más, me da la vuelta, me penetra salvajemente con su sable herrumbroso y mi sangre, Padre, lava las piedras de la Calle de las Angustias, por la que subo y bajo, asciendo y desciendo, del infierno al infierno, de la muerte a la muerte.

Padre, confieso que he pecado.

Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.

DIARIO DE JUAN DE DIOS SUBÍA, MARQUÉS DE TORRALBA

Hay soledades. Están allí como el horizonte, como las sombras, como los acantilados reacios a volverse mar. Hay soledad como hay laguna, tierra, desierto. Camino por ella como andar en el bosque, pasear en la playa, perderme en la ciudad, dejarme ir por los pasillos mudos del convento. ¡Ay soledad! Me duele como la rama que golpea los rostros, como la herida que no deja de sangrar, como el espino incrustado en la córnea. La soledad tiene forma de cáliz, huele a albahaca, sabe a cedrón y menta. Es la noticia de Tu distancia, son Tus manos retirándose de mi cuerpo, Tu voz que se apaga mientras te alejas, la puerta detrás de la que desapareces. Es un brote de malayerba en medio del trigo limpio, una mancha en el sol, un brochazo de pintura que cubre el universo conocido de ocre, un aire a mar salado, a territorio inhóspito. Es el principio de inmovilidad de las cosas, el lugar en donde lo conocido se vuelve extraño, la imaginación que no cesa de preguntar: ¿qué será de Ti? Y la voz interior que no tarda en responder: ¿qué será de mí? Se levanta en la tarde una brisa ligera, regresan las hormigas a sus agujeros, me quedaré desnudo colgando de la madera sin que nadie Te mire, se desliza Tu cuerpo en la noche y Tus ojos en el llanto. No sabes por qué lloras. Me prometí no ha-

blar de Ti y mis palabras se tropiezan para nombrarte. Yo, en cambio, no tengo nombre. Soy una máscara. Debajo de ella no se oculta un rostro. Máscara de máscara. Mañana es otro día y el mismo. Te he bebido sin que colmaras mi sed. Camino con la cabeza inclinada, no reconozco a nadie. Permíteme sentarme en esta banca al final de la iglesia. Dejaré mi máscara a un lado, por un momento. Así descanso.

LOS COMPLOTADOS: LOS LIBERALES

¿Quién dejó de organizar su muerte, imaginando los más protervos medios? ¿Quién se negó a participar en el complot organizado para darle fin? ¿Quién hizo caso omiso de sus palabras, de aquellas que despertaron tantas furias y que fueron escritas pocos días antes de su muerte? ¿Quién alegó razones para que sus intenciones estuvieran realmente justificadas?

Los complotados reunidos decidieron desde mucho antes sus acciones. Ahora era la oportunidad, ahora tenían el pretexto. Se dieron ánimos unos a otros, se dijeron que la ocasión había que tomarla.

Los primeros en organizarse fueron los liberales. El tono de la Carta a los Obispos escrita por Manuel Cornejo no deja lugar a dudas. Ellos, por sus propios razonamientos, tenían que estar detrás de nuestro obispo que representaba, a sus ojos, lo más católico de lo católico, el gran defensor de la fe y de la iglesia.

Los liberales hablan desde su República, que no es la nuestra. Su República en donde le ponen a la iglesia sometida al Estado, la fe a la razón, la teología a la cien-

cia. Para ellos, no existen dos Repúblicas sino una sola, la de ellos.

Cornejo se vuelve hacia la religión para socavarla, para atacarla con sus argumentos falaces. Y acusa a la iglesia de los peores males, mientras ellos, bajo la luz tenue de los faroles, reptan hacia los salones en donde conspiran. Ellos organizaron el asesinato de Checa y Barba, ellos dieron vuelta a sus palabras y en vez de razonar, optaron por matar.

Su voz se levanta contra nosotros: "Vos, Ilustrísimo Ordóñez, amigo de Torquemada, habláis de la fuerza bruta, de la que mata y no discurre". Y en realidad están hablando de ustedes mismos. Vosotros sois los que "debilitáis la conciencia", los que atentan contra el "prestigio y la dignidad" de los Prelados. Quieren vernos mansos, serviles, humildes.

Y la República, cuyo nombre toman, se declara poseedora de la única verdad, contra la verdad revelada y nos amenazan con la "barbarie". Y enseguida el ataque directo, la justificación perfecta, el mensaje oculto que nos mandaron pocos meses antes del crimen, utilizando un lenguaje críptico:

"El Ilmo. Arzobispo se expresa con tal claridad que hace comprender más bien lo que no dice que lo que dice".

Si, señores liberales, sabemos que su República le tiene agarrado del cuello al progreso y que nos citarán

hasta el cansancio el caso Galileo, la Inquisición, la ciencia contra las Sagradas Escritura.

Inmediatamente que el pueblo supo del enseñamiento de nuestro José Ignacio Checa y Barba, resonó al unísono: fueron los liberales, fueron los liberales. Y ustedes pronto salieron a desmentirlo, hasta afirmaron que no fue envenenado, sino que murió por otras causas. ¿Acaso ustedes prepararon otra forma de matarlo?, ¿tenían listos otros instrumentos?, ¿el autor material no cumplió con sus mandatos?

Entendemos la confusión de los liberales. La muerte no se produjo como ellos habían esperado. Por eso, salen con su incongruente panfleto titulado *Duelo.* Quieren que creamos que ellos eran ignorantes de los hechos. Nos inducen a pensar en otras causas acusando a otros:

"Téngase además en consideración que no ha faltado médico ignorante que ha dicho que las manchas negras, aparecidas en la superficie de la piel, son signos de envenenamiento, sin tener en consideración que también las ocasiona el estado pletórico del individuo, y ciertas otras circunstancias anormales de la economía animal".

Todas las proclamas, las hojas volantes, los escritos en los periódicos, jamás convencerán a nadie. Son culpables, son los culpables naturales, la evidencia entera los señala, sus palabras les condenan.

¿Quién querría muerto a nuestro obispo sino los autores de la Carta a los Obispos?, ¿quiénes estaban interesados en desembarazarse de esa presencia incómoda, de esa figura moral que se les oponía?, ¿quién defendía el garrote del dictador contra la propia razón y clemencia que ahora imploran?

Sí, fueron los liberales.

FRANCISCO ANDRADE. ME QUEMARÉ EN EL FUEGO

La catedral se ha vaciado. Descansan los santos, sueltan sus brazos, doblan sus piernas, se sientan en el piso, se recuestan en las butacas, se apoyan en las paredes. Los dioses también dormitan. No sospechan, no atisban lo que vendrá, no saben lo que está a punto de pasar. Ellos solo quieren descansar. Mañana otra vez tendrán que ser santos, que recoger las súplicas, que acoger las miserias ajenas. Ahora callan y me ignoran. Un clérigo más, con su sotana negra, casi invisible en esta penumbra.

Abro la puerta de la sacristía. Me siento en la gran silla de madera en donde suele descansar el obispo antes de la misa. Coloco el cirio enorme sobre la mesa. Las sombras se alargan y reptan tratando de esconder su rostro de la vergüenza anticipada. ¿Seré capaz? ¿Podré hacerlo? ¿Se confesó hoy? ¿Morirá en pecado? ¿Arregló cuentas con la vida? Saco la botellita café que contiene el polvo blanquecino. Humedezco el cáliz con un poco de agua. Extiendo el veneno por sus paredes y dejo que se seque para que no quede rastro. Está hecho. No hay vuelta atrás. Miro el cáliz-muerte, el cáliz-final, el cáliz-destino.

Alumbrándome con el cirio, cierro la puerta. Los santos siguen allí, inmóviles. El gran órgano de tubos

dorados yace invadido por el silencio. ¡Cuánta oscuridad añadí a la oscuridad! ¡Cuánta sombra sobre las sombras!

La Sala Capitular, la biblioteca, el largo pasillo de madera crujiente. Me acoge el frío de la grada de piedra y pronto estoy en mi celda. Me duermo inmediatamente. Un largo sueño: floto sobre un prado de flores, maravillosas mariposas de colores revolotean bajo el sol de la tarde que dora las paredes blanquecinas.

Y amanece pronto, más rápido de lo esperado. ¡Hoy es el día, hoy es el día!

Abro una botella de vino, vierto un chorro sobre la copa y me la bebo de un solo golpe. Dejo caer la copa que se despedaza contra el piso. Aplasto el vidrio con la sandalia, hasta triturarlo completamente. El vidrio molido se quedará allí durante varios días. Allí no hay rastros de veneno. Solo vino dulzón, barato, que un clérigo toma las noches, en su ritual privado. Vino que jamás será consagrado, que nunca se convertirá en tu sangre. Vino profano que se queda ante la puerta de la iglesia y se niega a entrar.

Quisiera romper este silencio pesado y hacer una ofrenda: te ofrezco este cáliz en señal de devoción, inclino ante ti mi cabeza, acéptalo con la misma humildad con la que te entrego. Se calma la ira y mi boca cerrada jamás pronunciará otra oración. ¿A quién podría rezarle? ¿A quién debería encomendarme?

Apresurado te desprendes de la casulla. Te diriges a la salida de la catedral con ese sabor amargo en la boca.

Bajas las gradas y ya sientes una opresión en el pecho y el estómago revuelto. Un cierto mareo que tus acólitos prestos te sostienen. Esa cuadra te parece tan distante.

Al llegar al Palacio Arzobispal contemplas por unos instantes la gran cruz de piedra, la fuente siempre seca, los pasillos abandonados. Llegas al comedor, te sientas en el mismo sitio de todos los días. El malestar se aplaca por unos segundos.

Entonces, el sudor.

Entonces, la náusea.

Entonces, el dolor que te quema por dentro.

Entonces, el grito desmesurado.

"¡Me han envenenado! ¡Me han envenenado!"

Todo está consumado. ¿Acaso no es la frase suprema del viernes santo?

Y en ese mismo momento las campanas de las iglesias, al unísono, repican cuatro veces. Has muerto exactamente a las cuatro de la tarde. El populacho lanza su grito a los cuatro vientos.

Golpeteo de los caballos insolentes sobre las piedras. Espuman la baba mordiendo los hierros las bestias desaforadas. Se sacuden los jinetes de la ira y los animales desbocados se llevan tu alma. Los caballos inquietos del presentimiento invaden en tropel las calles silenciosas.

Chillan los cuervos en la torre de la iglesia, remedan a carcajadas el aullido de mi garganta. Revolotean so-

bre mi cabeza, se posan en los tejados y se quedan mirándome. Pájaros carroñeros que no tendrán ni un solo pedazo de mi carne. Me quemaré en el fuego, mezclaré mis cenizas con el barro y tapiaré los muros.

LA CONFESIÓN DE MACARENA

Padre, su cuerpo se balancea como un bote frágil en un lago calmado. Su vaivén adormece el aire cálido de la tarde. ¡Ay, Padre, confieso que he pecado, por su culpa, por su grandísima culpa! Sus manos grandes y frágiles, ásperas y débiles, recorren mi cuerpo sin dejar lugar intocado. Una levedad que se posa sobre mi cuerpo desnudo. Su mirada atenta a los pliegues de mi carne, su boca que roza mi piel sin llegar a ser beso. ¡Óigame, Padre, mis innumerables pecados con él, sin él, detrás de él, en su presencia, en su ausencia! Y ahora su muerte es mi muerte, su fin es mi fin, su término mi término, su condena es mi condena. Mi vida venida de tan lejos concluye aquí y ahora. Su abrazo me envuelve sin tocarme, hace una cueva en donde yazgo adormilada. En medio del silencio oigo pasos sobre la madera que cruje y sé que es él. Su presencia invade la casa, él habita aquí, él habita en mí, y soy su morada terrenal. ¡Ay, Padre, para qué me trajeron de tan lejos, para qué me sacaron de mi tierra! ¿A quién se le ocurrió embarcarme desde Puerto de Palos en una nave minúscula, obligarme al tormento del mar y arrojarme a esta playa de tormentos? ¿Si ibas a dejarme, para qué vine? ¿Para qué me trajeron a esta tierra desolada si ya tenía mi propio desierto polvoriento en la vieja España?

Y tu insistente golpeteo de la madera, que dice cosas que no entiendo, en un código secreto que solo tú conoces y que te lo llevaste contigo. Me hablas y no comprendo, me gritas y no escucho. Te matas contra mí y nunca sabré qué implorabas, cuál era tu ruego, a qué dioses te estabas encomendando, que no eran los míos.

Padre, confieso que he pecado, a toda hora de todas las maneras posibles y no encuentro manera de arrepentirme. ¿Cómo hago para dejar de verle? ¿Cree que me invento? No es así. Le veo frente a mí. Aparece como un fantasma y de pronto está allí inmóvil, con una sonrisa leve en tu boca, diciéndome: Déjame que me vaya, por dios, déjame que me vaya. Suéltame. Mírame caer en el abismo. Cierro los ojos y sigue allí. ¿Cómo puede ser? Cierro la puerta y sigue allí. Corro las cortinas y su imagen se refleja en las paredes. Me tapo con las cobijas y reconozco sus pasos acercándose. ¡Quítenme de encima! ¡Me desgarra! ¡Me rompe! Está muy grande para mí. No quiero que me sodomice. ¡Quítenme de encima!

Las once de la mañana. ¡Qué raro que las sábanas estén calientes! ¿Se habrá levantado tarde? ¡Qué raro! Si lo dejé vestido y listo para ir a misa. No dijo palabra alguna. Él es así por las mañanas. Tengo tanto sueño y tantas cosas por hacer. Me sacudo la pereza. Me pongo el traje de princesa. Me siento hermosa. Todavía estoy aquí completa, llena. Basta, basta, no más desvaríos. Haré la lista de compras. ¡Cómo me pudre esto de cocinar! ... Y entonces, sí entonces, Tú, sí Tú con mayúsculas, mi Dios, mi Señor me tomas de la mano,

me levantas de la silla, me empujas dulcemente hacia la puerta del baño, que abres con tu mano eterna... Y sí, entonces, Tú me abres lo ojos y yo lo veo, Dios mío, yo lo veo... él está allí, colgado de la viga, con el rostro morado, la lengua medio salida, los ojos desorbitados. Una brisa que quizás es ese soplo divino bambolea su cuerpo y hasta parece que una canción melancólica se oye a lo lejos. ¡Cómo pudiste matarte! ¡Cómo pudiste matarte aquí, para que yo te viera, para que yo te encontrara! ¡Cómo pudiste hacerme esto a mí! ¡Imbécil, torpe, bruto, salvaje! ¡Hijo de puta, mil veces hijo de puta! ¡Hijo de tu maldita madre que te parió! ¡Cabrón! ... Y Tú, solo Tú, mi Señor, pasas tu mano por mi cabeza, me tranquilizas, me consuelas sabiendo que no tengo consuelo, secas mis lágrimas que ya forman un mar en el que me ahogo. Y yo sola, guiada por tu mano, puedo extender la mía y tocarle a él que cuelga de la viga. Jugamos a moverle, a ver cómo gira.... ¡Ah! Eso no... Me da curiosidad, pero no. No quiero. Quieres que le baje el cierre para ver si es cierto que la tiene parada. Y después querrás que le bese. Por favor, no me tientes. ¿Cómo, qué dices? Que Tú también fuiste tentado.

Estoy de negro. Han venido de la funeraria para arreglar todo. Miro como desplazan los muebles. Elegí un féretro de nogal. No hay peor cosa que ver el rostro de un ahorcado. Y encima la autopsia. ¡Quién hubiera querido mirar! Quiero que le recuerden lindo como era. Su familia me mira como si yo le hubiera matado. Llantos. Rostros largos. Flores que huelen a cementerio. El cura que inicia el rito de difuntos. No alcanzo a escucharle bien lo que dice. Seguramente que era un hombre maravilloso, un padre maravilloso, un amante

maravilloso. Estamos aquí reunidos esta noche para celebrar la eucaristía en memoria de nuestro hermano que ha fallecido. Estamos unidos en el dolor por haber perdido a un esposo fiel, a un amigo que apreciábamos; nos duele su muerte y queremos consolarnos mutuamente en estos momentos. Oiga usted, ¿quiere consolarse conmigo? ¿Subimos? ¿Prefiere aquí delante de todos? La colada está fría. La noche, como él, se muere. Pronto amanecerá. ¡Joven! Levántate. El muerto se incorporó y empezó a hablar y Jesús le dio a su madre. Todo el mundo se quedó sobrecogido y glorificaban a Dios. ¿Podemos vernos mañana? Es domingo. Ah, qué tonta. Entonces, el lunes. Me voy de viaje. Tal vez cuando regreses. Tal vez. Dios nos ha creado para gozar eternamente. Y te veo descender, soltarte de la viga, resbalarte en el suelo, zafar el nudo, meterte la lengua en la boca con las manos, lavarte la cara. Me miras. No me reconoces. ¿Quién es este que ha vuelto a la vida? No saben cuánto se demoró en amanecer.

Padre, fue una noche larguísima. Eterna.

DIARIO DE JUAN DE DIOS SUBÍA

Hoy me dueles tanto que tengo ganas de quererte, de besarte en la boca sin que sepas por qué, sin otra intención que pegarme a tu cuerpo. Quisiera encontrarme contigo en un cuarto desnudo, los dos desnudos. Cerrar las ventanas para impedir que las palabras se escapen. Hoy me dan ganas de todo y de nada, de ser impreciso, de divagar, de enredarme conmigo mismo. Envuelvo la bufanda blanca en torno a mi cuello, una, dos, tres vueltas y aprieto. Si pudiera respirar sin respirar, detener este pulmón obstinado que no deja de inhalar y exhalar. Me lanzo a caminar por la calle, desbocado entre los transeúntes los atropello mientras ellos gritan su queja. Hay una puerta abierta por la que no entro. Te llevaste contigo hasta el último de mis deseos. Siento cómo tu angustia lame mi cerebro con su lengua áspera. Siento como tu angustia despierta la mía, cómo me hurga por dentro sin encontrar rastros del alma. Me quito la bufanda, hace tanto calor. Déjame besarte en la boca, quedarme allí por un largo rato y luego marcharme, sin tratar de comprender qué sucedió, qué sucederá, qué me dirás mañana, de qué forma te miraré... mañana.

¿Cómo escapar de esta historia que me ha tocado? ¿Cómo evadirme de mi mismo, de mis preocupaciones, de lo que me emociona y de lo que me aterra? Si pud-

iera verme con un microscopio y seguir la desacompasada marcha de los bichos que caminan por mi piel, si pudiera sentir cada bacteria que me penetra al respirar, si pudiera oír el diálogo de tanto ser vivo que habita en mi interior... si pudiera, pero no puedo. Sé que no estoy solo, pero me siento solo. Sé que quiero y que me quieren, pero yo no siento nada, no entiendo nada de lo que me dicen y no adivino aquello que callan. ¿Cómo escapar de este encierro? ¿Quién me librará de mí mismo? Las ideas que pienso son de otros, mi deseo es el hambre de ese otro que me devora. Yo los dejo roer mis huesos. Me despierto asustado de las pesadillas ajenas. A mí no me duele, es tu dolor el que me destroza. Yo permanezco impávido, inútil, como un pedazo de papel que el viento eleva y luego lo deja caer.

...luego de verte, me surge desde muy dentro, una necesidad imperiosa, una exigencia ineludible de ponerme a caminar, de avanzar en contra de la multitud apresurada ignorando la recua de animales apresurados. Con la mente en blanco y en el cuerpo una sensación de ansiedad imprecisa, avanzo sin saber hacia dónde voy. Giro a la izquierda, entro en el parque, tropiezo con caballos agitados. Después de verte, parecería que el mundo termina. Tengo la impresión de que algo concluye, de una clausura de un espacio hace tiempo vacío, de una imposibilidad definitiva. La vida avanza a una velocidad que se me escapa. No sé por qué extraño procedimiento provocas en mí ese efecto de anonimato. En tus manos pierdo mi nombre y mi cuerpo se deshace. Me vuelvo arena que tú esparces con un leve soplo. Siento que termino sin haber comenzado, que

muero antes de haber vivido. Aspiras toda mi energía, me secas, me quiebras, me reduces a cenizas. En esta tarde inútil escribo estas palabras inútiles. Y te digo en voz baja, cosas en las que no creo, ideas confusas que se estrellan en tus oídos. Comprendes sin comprender, al fin y al cabo, tampoco yo sé lo que digo. Nada es como debe ser. Un equívoco permanente que se vuelve un insistente malentendido. El aire mismo está penetrado por esta bruma que altera los significados. Las palabras se voltean, se retuercen, sin alcanzar a decir lo que quieren decir. Dentro de mí, aquellos que fui y ya no soy, pugnan por sobrevivir. Esto que ahora soy, este ser informe que los mira atropellarse, cada uno gritando con más fuerza que el otro: yo, yo, yo... Aquí dentro habita nadie. Aquí dentro es un gran afuera, un desierto inhóspito, un paraje desolado. Tú entras en mí y enseguida te das cuenta de que estoy poblado de puertas. Solo hay cómo salir, no hay cómo entrar. Una puerta lleva a otra puerta. Dentro no hay dentro. Este ejercicio final de disolución, este momento de perderse, esta angustia tuya que rueda por el suelo sin que alcance a detenerla, esta curvatura que se vuelve contra sí misma, esta nada ansiosa de ser todo. Al próximo encuentro no llegaré. Me sentaré junto a ti y seré un desconocido. Te diré: ¿esperas a alguien?, y tú: desde luego, y yo: no vendrá. Y tú: quizás sea mejor. Mientras bebemos el café amargo, nuestras miradas se cruzan. Un silencio hecho de reptiles trepa por las paredes. El clérigo pregunta: ¿todo está bien?

LAMENTACIONES

El féretro avanza leve, flotando sobre las cabezas de las mujeres con sus velos negros. Los canónigos marcan rítmicamente sus pasos. Para ellos, enjutos y serenos, tu cuerpo apenas si pesa. Ya sin alma, tu carne se ha vuelto frágil y en vez de marchitarse, comienza a evaporarse. Detrás, el gran órgano dorado de la catedral grita una lamentación desconocida, un dolor que asciende por los tubos, que se arremolina y muere, como tú, estrellado en el piso. La música sale a borbotones, me recuerda a la espuma rosácea desbordándose de tu boca.

El murmullo incontenible de la masa oscura llena la iglesia, cuando los canónigos depositan tu cuerpo sobre los soportes de madera. Y el obispo que oficia la misa más solemne de cuantas puede haber, comienza su lamento:

"Amargo es el recuerdo de la muerte
en que el hombre mortal se aflige y gime
en la vida presente, cuya suerte
es morir cada día que se vive."

Y las Furias contraatacan:

No se puede decir de ti que "solo duermes" y que pronto te tocará un despertar maravilloso. No se puede

decir de ti que el Altísimo secará tus lágrimas y endulzará tu boca.

No se puede decir de ti que la luz disipará las tinieblas,

Porque tú mismo te ha vuelto tiniebla.

En el rincón más distante posible, detrás de la multitud que implora, me mantengo de pie, firme, sin un gesto en el rostro, sin una lágrima que ruede, sin el más mínimo sentimiento de culpa, sin que se me crucen los pájaros negros del arrepentimiento. También a mí, poco me toca esperar para seguir tu misma suerte. Quizás yo también beba de tu mismo cáliz amargo.

"Yo esperaba con ansia al Señor,
él se inclinó y escuchó mi grito:
me levantó de la fosa fatal,
de la charca fangosa,
afianzó mis pies sobre roca,
y aseguró mis pasos,
me puso en la boca un cántico nuevo."

Y ellas responden al Salmo responsorial.

Ignacio, Él no oye tu grito,

Sordo a tus lamentos

Te hundes en los abismos,

De allí nadie te levantará

Y una y otra vez,

Los caballos de la ira

Pisotearán tu cuerpo.

Los canónigos insisten en su réplica, mientras las Furias se agitan:

"Lazos de muerte a todos nos alcanzan,
las redes del abismo nos envuelven,
pueblos enteros lentamente avanzan,
y todos los que van ya nunca vuelven.

Alza tu voz, Jesús resucitado,
detente, caravana de la muerte,
mira al Señor Jesús, él ha pagado
el precio del rescate de tu suerte."

Y el coro de las Furias:

Como tú, nacimos de la noche

Y nos volvimos noche,

Como tú, bebemos oscuridad,

Sorbemos silencios,

Como tú, descendemos sin encontrar

Tierra firme, solo mares agitados

En donde se hunden los que "ya nunca vuelven".

Ahora los soldados arrastran las caudas, ondeando banderas negras sobre tu cuerpo, queriendo espantar tu alma incrustada en la carne. Briosas caudas como

caballos salvajes, remolinos de aire tibio y de olor a incienso y sudor, queriendo espantar a la muerte.

Me gustaría creer que tu espíritu logró escapar y que medita en silencio en los pasillos estrechos de la catedral, talvez dormita en los confesonarios o yace con los otros muertos en el cementerio para los ilustres.

El nuevo obispo lee a Job y yo no puedo sino pensar en ti. Me parece que son tus palabras, que tu dolor es el suyo. Te vuelves contra tu Dios. También yo lo haría. Te veo sentado en las gradas de piedra mirando la plaza, oteando si alguien entra o sale de tu palacio arzobispal. Te imagino poniéndote de pie y gritando al pueblo que cruza al mediodía con su propia prisa, que hace tiempo se niega a escucharte:

"Ustedes, los que pasan, miren y vean

Si hay dolor semejante al dolor que me atormenta..."

La sangre de Cristo envenenada ha sido la culpable de tu miseria, ella ha despedazado tu carne, ha hecho estallar tus pulmones, tu hígado. Ha sido ese veneno sagrado el que ha penetrado en tu cerebro y lo ha corroído enloqueciéndote. Ese vino amargo aprieta tus músculos, convulsionas echando espuma por la boca. Los espíritus malignos se resisten a salir. Y las palabras del profeta se cumplen con precisión completa. Él hablaba de ti, él sabía que estarías allí "solo y silencioso cuando la desgracia" te arrastró, obligado a "besar el suelo" creyendo que habría perdón, que la última esperanza aún aguardaba por ti.

Y el obispo insiste, recordando tu muerte, recién acaecida. Pone las palabras de Job en tu boca:

"Ha deshecho mi carne y mi piel, ha quebrantado mis huesos.

Ha levantado en torno a mí un cerco de amargura y sufrimiento.

Me ha hecho habitar en la oscuridad como los que ya han muerto."

Y yo sigo la lectura alzando la voz, que es mía y del profeta, fundidas en una sola:

"¿A quién te asemejas, a quién te pareces...?

¿A quién te compararé para consolarte...?"

Tú dolor será el mío. Tu cuerpo que no deja de sangrar será el mío. Y únicamente podrás compararte conmigo, porque yo empecé este largo peregrinaje hacia una tierra seca, en donde cumpliré mi condena. Tampoco yo encontraré quién pueda consolarme. Tampoco yo encontraré un mortal que se me parezca. Y como tú habitaré "en la oscuridad como los que han muerto".

"¿A quién me asemejo, a quién me parezco...?

¿A quién me compararé para consolarme...?"

He sido expulsado de la raza de los hombres. Las bestias huyen ante mi presencia. El sol se cubre el rostro para no verme. La tierra cruje bajo mis pisadas. Lejos de todos, apestado, les recuerdo a la peste.

Los feligreses se regresan a mirarme, se asombran del dolor que siento, tiemblan ante el grito brutal de mi garganta. "Tanto le quería el clérigo". "Para él ha sido terrible". "Pobre alma en pena".

Y yo con una voz estruendosa acallo los murmullos de la multitud: "Ha levantado en torno a mí un cerco de amargura y sufrimiento."

Los curas ataviados para el Oficio de Difuntos, lanzan la salmodia al aire como un reto a los dioses ignorantes:

"De la tierra me formaste y me revestiste de carne, Señor, Redentor mío, resucítame el último día".

El salmo insiste en tu fe de ser salvado:

"Yo esperaba con ansia al Señor,
él se inclinó y escuchó mi grito:
me levantó de la fosa fatal,
de la charca fangosa,
afianzó mis pies sobre roca,
y aseguró mis pasos..." (Salmo 39)

Las voces de los clérigos se alzan contra el cielo:

"Señor, dígnate librarme, date prisa en socorrerme".

Y ellos, ignorantes de lo que dicen, continúan:

"Mi alma tiene sed del Dios vivo..."

El pueblo desesperado responde al responsorio:

Responsorio

“ -Señor, no me juzgues según mis actos: nada digno de mérito he hecho en tu presencia; por esto ruego a tu majestad, que tú, Dios mío, borres mi culpa.
- Lava del todo mi delito, Señor, limpia mi pecado.
- Que tú, Dios mío, borres mi culpa”.

No deja de oírse las voces desiguales de la multitud gritando sin cesar:

¡Lava todo mi delito, Señor, limpia mi pecado!

¡Lava todo mi delito, Señor, limpia mi pecado!

Los clérigos se miran sorprendidos, el oficio se ha paralizado, el griterío se vuelve ensordecedor y pareciera que nada los acallará.

¿Acaso crees que los gritos de esa masa informe, ignorante, serán escuchados? ¿Todavía no has comprendido que los cielos han sido abandonados? Dios mismo se expulsó del paraíso y ahora vaga por el universo sin encontrar refugio. ¿No te das cuenta de que tus creencias han sido falaces? Tu credo ha sido quebrado y las palabras sagradas ahora ruedan por las alcantarillas malolientes.

¿Corrió el Altísimo a socorrerte cuando tu carne se deshacía bajo los efectos del veneno? ¿Milagrosamente

aisló la sangre de Cristo de la estricnina? ¿O Él también fue incapaz de separarlos? ¿No se convirtió toda la sangre de Cristo en sangre envenenada? No, Él no oyó tu grito, se mantuvo sordo a tu súplica, te abandonó cuando más lo necesitabas.

Y ahora que estás del otro lado, más allá de la vida, en los vastos territorios de la muerte, encuentras que solo hay desolación, que el más allá es un desierto sin límites, abrasado por un calor insoportable, sin oasis, sin principio, sin fin. Y tú estás allí para siempre, como estaremos todos.

Finalmente se calma el griterío y un silencio pesado invade la catedral. Nadie se atreve a pronunciar palabra, hasta que un niño perdido llama a su madre. El obispo retoma la ceremonia algo dubitativo, inseguro:

"No os aflijáis por la suerte de los difuntos, como los hombres sin esperanza".

He aquí la frase que nos define, que mide con exactitud el tamaño de nuestra existencia, que se nos clava como corona de espinas y que penetra en nuestro cerebro. Allí, una y otra vez, la voz de los curas resuena en nuestras cabezas:

"... como los hombres sin esperanza".

"... como los hombres sin esperanza".

"... como los hombres sin esperanza".

FRANCISCO ANDRADE, LA MASCARADA

Cuando la noticia del asesinato de Ignacio Checa y Barba se supo, los rumores se esparcieron por la ciudad y la República. Fueron los liberales, fueron los conservadores, una conspiración de los liberales para culpar a los conservadores, una fracción conservadora opuesta al obispo, los masones, los evangélicos, los jansenistas, una secta desconocida de luteranos, los indios, los negros, los políticos, los empresarios, los hacendados. Todos estaban bajo sospecha, hasta los jueces y los curas.

Y fue el rumor el que sacó a cada habitante de su casa, les hizo alejarse del calor de la chimenea y volcarse a la calle, deambulando de arriba abajo, sin encontrar hacia dónde ir, implorando no se sabe qué, gritando "¡Muerte a los culpables!" Y los culpables, desaparecidos.

Yo los miro pasar desde la puerta de la iglesia, les bendigo, les doy ánimo, les empujo en cualquier dirección: ¡Vayan, vayan! Nadie sabe qué hacer, nadie sabe a quién preguntar, uno dice algo, otro le contradice. "Fue el gobierno". "Fue la oposición". "Fue el clero".

Así amanece, así "hacia el sol caminaba el gentío enloquecido".

Nadie me observa, parezco un ser invisible, una mancha negra aplastada contra la pared blanca. Soy demasiado anónimo, demasiado poca cosa, un cura cualquiera con su sotana negra, con la cabeza baja, simulando rezar una plegaria por el muerto, bendiciendo a los que pasan, maldiciendo a los que pasan, empujando a los que pasan, porque yo voy en dirección contraria, yo me alejo, me distancio, me separo, me parto en dos, en cuatro, en mil pedazos, me disuelvo.

¿Qué importa? Nunca se sabrá que yo lo maté, no fue el gobierno ni los curas, ni los conservadores ni los liberales, fui yo, sí, yo mismo, este cura al que apenas ponen atención, el que nunca alza la voz, el que perdona todos los pecados sin importar cuán terribles sean, aquel que parece bueno, con la bondad del idiota, con la sonrisa de retrasado mental.

Yo lo maté en mi nombre y en el nombre de ellos, fue un despiadado crimen de la dictadura, un feroz asesinato de los conservadores, un acto cobarde teñido de una maquinación brutal, una conspiración de la curia, ejecutado con la precisión de orfebre, tallado en piedra.

Nada de esto sabe el gentío que vaga enloquecido, que corre cuando alguien corre, que se detiene sin saber por qué, que mira esperando ver una señal en el cielo, que se harta y se marcha, cada quién a su pocilga, al agujero en donde mueren en medio del lodo y el frío.

Así "hacia el sol caminaba el gentío enloquecido".

La multitud se agolpa en la Plaza Mayor. Un viernes santo lleno de enmascarados asalta el Palacio Arzo-

bispal, se empujan ansiosos en la entrada de piedra, desembocan en el patio cuadrangular, al principio desorientados vagan de una esquina a otra, escondiéndose detrás de los pilares, apareciendo en la pileta, atisbando desde la gran cruz.

Hasta que uno de ellos encuentra la entrada al segundo piso. Por allí se precipitan aullando los monos, mascullando los loros, saltando los payasos, arrastrándose los charlots y los capariches comandando la tropa.

Ascienden hasta el comedor. Yace en el suelo el obispo José Ignacio Checa y Barba. Se quedan congelados ante el cadáver y un arlequín repta hasta rozar la sotana morada. Asustado salta hacia atrás. Los monos chillan y son los primeros que brincan sobre el cuerpo. Los enmascarados inician su danza, unos van y otros vienen, se cruzan, se chocan, gritan, patalean, tocan la cabeza del cura, los pies del cura, la nariz del obispo.

Los charlots hacen gestos obscenos mientras el capariche grita pidiendo silencio. Nadie le hace caso y él empieza a azotarles hasta que se callan. Finalmente, se hace silencio en la habitación. Y el capariche pregunta: "¿De quién es este cuerpo?, ¿a quién le pertenece esta carne sin alma?, ¿por qué su sangre no deja de correr?

Y el gentío enmascarado estalla en una risotada: "¡Quién será!, ¡quién será! Adivinen quién puede ser". Y el capariche: "¿De quién es la panza hinchada, la lengua salida, la baba rosada?" Y el gentío con su letanía: "¿De quién será?, ¿de quién será?, ¿de quién puede ser?"

Lanzan los gallos de pelea sobre el cuerpo inerte. El gallo retinto, con una cresta rojiza de sierra, se abalanza sobre el gallo negro, vestido como un clérigo, comienza a darle de picotazos en la cabeza. Vuelan las plumas por el aire y los chillidos de las aves dándose caza inunda la habitación.

El gallo retinto ataca, avanza contra el otro sin detenerse, salta aleteando y clava su espuela en el cráneo del gallo negro, que cae instantáneamente muerto sobre el muerto, mientras sigue recibiendo picotazos que desnudan su carne magra. Nadie detiene al gallo salvaje. La muchedumbre gira y gira hasta enloquecerse, hasta que el un soldado decapita al gallo retinto y la sangre brota a borbotones, reuniéndose con la suya, deslizándose por el piso, tratando de huir de la algarabía.

Y la turba se arremolina, quieren ver de cerca ese rostro, saber de dónde viene ese olor acre, averiguar qué significan esos cuatro cortes en la nuca. Están a punto de caer sobre el cuerpo inerte y se detienen. Otra vez el silencio y de nuevo la confusión.

El capariche insiste: "Hable monseñor, díganos el sermón de las siete palabras, su oración de las tres horas, sus plegarias de Viernes Santo, sus súplicas, sus imploraciones, sus lamentos, sus ruegos".

La masa ruge, los monos trepan por las cortinas, los arlequines hacen su fiesta encima de la mesa desparramando la comida, los payasos despedazan las sillas.

Martillos feroces destrozan las ventanas, piedras contra los vidrios, patadas contra los vientres, manotazos en los rostros. Corre la sangre, mana la sangre, fluye la sangre, sin coagularse, sin detenerse, rueda por los pasillos, desciende por las gradas de piedras, rebosa por los dinteles, alcanza la calle, las alcantarillas y se pierde quién sabe dónde.

Y el capariche repregunta: "¿Qué hacía usted en vida?, ¿qué hará usted de muerto?, ¿le gustan las guayabas?, ¿le pica el ojo izquierdo?, ¿le duele la costilla flotante?, ¿me dejaría morderle la pantorrilla?, ¿le beso el ombligo?"

Y el gentío enardecido: "Déjame a mí, no, déjame a mí, apártense que es mío, yo me lo llevo, yo soy el carnicero, yo el talabartero, yo el ebanista, es mío, es mío", hasta que el charlot comienza a repartir golpes a diestra y siniestra. El riachuelo de sangre envenenada avanza por el pasillo, desciende por las gradas, inunda el patio.

La caravana de los enmascarados se harta y vuelve a la Plaza Mayor. Allí se celebra una asamblea presidida por el charlot principal. Se pregunta si alguien sabe, se indaga por los culpables, se habla de los complotados, de los inocentes, de los que nada tienen que ver y de los que hicieron todo esto.

Sin encontrar respuestas la jauría se deshace y cada grupo se marcha en sentido opuesto. La Plaza Mayor se queda vacía. Yo, como él, bajo los doce escalones que

van de la puerta de la catedral a la plaza. Yo, como él, me siento mal, se me viene la bilis a la boca y vomito largamente sobre los jardines de lirios cabizbajos, mientras la sangre del Cristo envenenado se desborda en la Plaza Mayor.

FRANCISCO ANDRADE. LA INDAGACIÓN

Ha comenzado el juicio por el envenenamiento de José Ignacio Checa y Barba. Nadie quiere hacerse cargo. El juez Stacey emite su deprecatorio. El alcalde aduce problemas de salud. El vicealcalde es primo de uno de los implicados. La Corte Superior no se siente competente.

Hoy declara el sastre, íntimo amigo del obispo y proveedor del vino de consagrar. "Sí, señor juez, yo fui quien entregó el vino para ese día. Cuando supe de la causa de su muerte, corrí hasta la bodega. Abrí todas las botellas. Probé todos los vinos. Había algunos amargos. Ninguno envenenado".

Él no sabe quién puso el veneno en el cáliz. Quiere hacer memoria de los rostros que rodeaban el altar, de aquellos que tenían el cáliz a su alcance. No recuerda a nadie con precisión. Mira hacia el público y creo que está a punto de reconocer. Pero, no. Su mirada no se detiene en mí. Mi corazón se acelera. Las manos me sudan. ¡Estuvo cerca!

Y luego viene el boticario. "Señor juez, he comprobado los registros. Nadie compró veneno en los últimos dos meses. No hay faltantes. Como se me requirió, in-

dague en las otras boticas, especialmente en la de Juan de Dios Subía. Me detuve en comprobar las cantidades con el libro de compras y todo está completo".

Y luego el inefable Muñoz, con su vocecita apagada, con la cabeza siempre agachada y su aspecto torvo, declarando:

"Que el único que sabe es que el día viernes Santo, recordando el declarante que no había vino pasó á la habitación del Señor Sacristán Mayor Don González, y la sobrina de este le dio una botella corchada, la que llevó para la sacristía y la puso en una alacenita que hai en la pared y llegado ya el momento, entregó la botella al Señor Sacristan Mayor quien la llevó al presbiterio y después de haber servido el vino devolvió la botella la que la volvió á guardar en la misma lacena y que cuando ya habían puesto el vino en el cáliz vino el Sr. Don. González a la sacristía y dijo que el vino había estado malo y tomando otra vinajera regresó al Altar Mayor."

¿Cómo iban a descubrirme si el veneno no estaba en el vino sino en el cáliz?, ¿quién iba a mirar que las paredes tenían pegado un polvo blanco? El vino estaba amargo porque siempre compran el de peor calidad, porque se dejan estafar, porque los sacristanes se beben el vino bueno y ponen, en su lugar, el malo.

El juez se ve obligado a hacer una aclaración, talvez como un hecho que tuvo alguna conexión o una pura casualidad. ¿Acaso no es de extrañar que Juan de Dios

Subía, Marqués de Torralba, se haya suicidado el día anterior al asesinato del obispo? ¿Fue pura coincidencia o hubo un nexo secreto?

Felizmente cuando la señora Macarena Montes, viuda del Marqués de Torralba, es llamada a dar su testimonio, llora sin parar, a tal extremo que convoca a un médico y se le pide que se retire a su casa.

Nunca entendí por qué callo, por qué me protegió, por qué prefirió encerrarse en su dolor por la muerte de su esposo, en vez de confrontarte y delatarme.

LA CIENCIA ALUCINADA

Aquí hay un secreto, tiene que haberlo. Debo alejarme de estos ilustrados, de sus pretensiones. Quieren convencernos que es la naturaleza y nada más. ¡Qué equivocados! Están ciegos para esa poesía, ese ritmo, esa belleza que transpira el metal frío.

Cuando veo la figura humilde queriendo abrir los cielos, acercarlos a nuestros ojos, con ese juego de espejos y sus códigos ocultos, me viene a la memoria El lebrel del cielo:

> "Mas en la cacería sosegada
>
> pulsan los Pies con majestad serena,
>
> urgentes en su prisa mesurada;
>
> y, sobre el ruido de eso Pies, resuena
>
> una Voz apremiante que pregona:
>
> "Todo, pues Me traicionas, te traiciona."

Frente a mí, otra poesía se levanta, escondiendo una tragedia anunciada, aquella que vendrá desde lo alto. El lugar en donde habitan las estrellas, descubierto por los sextantes; el misterio del tiempo sometido en los

cronógrafos rattrapantes, el universo duplicado en los espejos cóncavos, los espectroscopios eviscerando el misterio del mundo, polarímetros que parten la luz en pedazos.

Sí, yo oigo sus voces cacarear: el avance de la ciencia, el progreso. No fue traído para observar las estrellas. Es el pregón de los Pies que me persiguen, es la Voz que me alcanza, es el juicio definitivo que detiene mi carrera y me lanza contra el suelo, es la cacería sosegada de Aquel que jamás descansa en su venganza.

Y tú, José Ignacio Checa y Barba, tentado por el demonio vas al Palacio de Gobierno a contemplar la gran exhibición. Dos años antes de tu muerte, has sido convocado a mirar cómo se ilumina el palacio. Te maravillan las palabras: arco voltaico, gas, veinte pares de pilas bunsen, luz artificial.

¿No fuiste capaz de intuir, siquiera por unos segundos, que ese estallido de luz tenía algo de demoniaco?, ¿luz artificial asesinando la luz natural dada por el Creador?, ¿no pudiste ver detrás de esa luz que ciega, la obra del maligno?, ¿para qué queremos los hombres ver tanto con tanta claridad?, ¿qué ventaja para el alma tiene el abolir la oscuridad?

Yo habito en la noche, yo camino por las sombras de las naves laterales de la catedral, yo avanzo con mi vela que apenas si ilumina por los pasillos del convento, yo me aproximo a tu cáliz, yo lo enveneno. Ninguna luz soportaría mi crimen.

José Ignacio huye de la luz, ven conmigo, acá abajo, desciende por la escalera de piedra, en estas celdas frías y angostas se encuentra la paz que buscas y que todos los cilicios del mundo no lograrán darte.

LOS COMPLOTADOS.
LOS CONSERVADORES

Sabemos en dónde se reúnen los conservadores. Amparados bajo la tenue luz de los faroles, embozados, con las capuchas negras sobre sus cabezas, con pasos apresurados se meten por la puerta trasera de un convento bien conocido por ser guarida de estos complotados.

Allí urden, traman, conspiran, baja la mirada de los santos mudos y permisivos. Allí leen tus palabras, aquellas que fueron dichas para todos nosotros, para que podamos convertirnos y justificarnos:

"Muy amados hijos:

La tempestad que oíamos rugir á lo lejos, brama ya con furia sobre nuestras cabezas amenazándonos con la desolación y la muerte. La secta anticatólica que, más de un siglo há, se afana por socavar los fundamentos de nuestra querida religión, ha llegado hasta nosotros osada y amenazante. Parece increíble, pero es una dolorosa realidad: en el seno de nuestra católica República, se imprimen y publican folletos, periódicos y hojas, que no respiran sino odio á la religión mostrando decidido empeño en subvertirla por completo bajo el nombre del fanatismo."

Entonces, empiezan con la retahíla de falsos argumentos: ¿quién puede creer en sus palabras?, ¿acaso son ciertos sus sermones?, ¿cómo podemos dar crédito a tus homilías si sales de la iglesia y corres al Palacio de Gobierno?

Allí te tropiezas con esos liberales, te abrazas con tu compañero de escuela que acaba de declararse dictador, inclinas la cabeza, asientes a sus afirmaciones, te congratulas con sus artimañas. Y pretendes que tus enseñanzas son verdaderas, que eres el guardián de la fe, el custodio de la iglesia, el adalid del Papa.

Equívocos son tus términos, tramposos tus razonamientos: "...echan á volar doctrinas erróneas y contrarias al dogma y á la moral del Evangelio, como si la verdadera libertad no se encontrará solo, y tan solo en el seno de la iglesia católica", y más todavía, "...ciegos á la presencia de la luz no ven que la sociedad camina á su ruina allí donde se han elevado á leyes sus funestas teorías".

Y corres a votar como diputado contra el Concordato, haces gestos ambiguos y dejas que el Estado se imponga a la Iglesia, aceptas que tu nombramiento como arzobispo provenga de Palacio. Con una mano defiende la República de los ilustrados y con la otra te declaras amigo incondicional de la República de los fieles, de los católicos.

Naciste ambiguo, morirás ambiguo; porque tú mereces morir, no importa si de muerta digna o de cualquier otra; mejor de una muerte blasfema, obscena, que de solo recordarla produzca horror, para que sirva de escarmiento, para que se cumpla la palabra sagrada: "A los tibios los vomitaré de mi boca".

Tus palabras tienen doblen sentido, dicen y se contradicen. Has sido incapaz de defendernos. Protestas por las acusaciones vertidas contra nosotros:

"Tan pronto enormes calumnias levantadas contra los sacerdotes, hechos escandalosos inventados por gusto para manchar su honor y reputación; tan pronto una mentira histórica cien veces refutada, pero repetidas otras tantas con mayor descaro y desvergüenza; hoy es una mala interpretación ó una falsa exposición de la doctrina y prácticas católicas; mañana la burla de los santos misterios, siempre el conjunto extravagante de todas las impiedades".

Y a continuación te muestras como el gran reformador de la iglesia. Llamas al orden a los frailes, a los curas, a los clérigos, lanzas disposiciones que controlan hasta el mínimo de nuestros movimientos, nos dices que debemos pensar, qué tenemos que comer, a qué hora dormir, qué oraciones decir al despertarnos, con quién hablar, a quién visitar, de quién distanciarnos. Administras nuestros bienes, nuestras conciencias, nuestro cuerpo y nuestra alma.

¿Desde cuándo se te dio por la santidad?, ¿cuándo te invadió el deseo de subir a los altares?, ¿no será que oyes las calumnias que salen de Palacio?

Y estos complotados reunidos en las capillas, en la Sala Capitular, en los conventos, bajo el imperio de la noche, prepararon tu muerte. Ellos tuvieron el motivo, la oportunidad, el deseo ferviente de hacerlo.

Fueron los conservadores los autores del crimen.

LA CONFESIÓN DE MACARENA

Padre, confieso que he pecado, prometo, algún día, arrepentirme de todo corazón. Ahora no, talvez después de unos días, de unos años. Ahora solo quiero que oiga mi confesión.

Soy una perrita pequeñita. Tengo dos cachitos rosados. Las orejas largas y los dientes largos. Ladro suavecito para no asustar a nadie y me dan miedo los caballos que me persiguen. Soy una gatita blanca, peluda, ruedo por la alfombra como una pelota y me enredo en los manteles. Soy un ratoncito minúsculo, mínimo, tan pequeño que puesto en la mano no se alcanza a ver. Soy un escarabajo con un enorme cuerno, que parece un falo puntiagudo, señalando siempre para arriba, siempre para arriba, siempre para arriba. Soy una puta y me abro de piernas a este hombre que se cierra, que se calla, que se envuelve sobre sí mismo. Soy un caracol aburrido deslizándome por una hoja de plátano. Soy una hormiga al acecho de un rinoceronte, una viuda negra sorbiéndole el vientre a un tiburón rosado. Tócame, tócame, hazme sonar, hazme vibrar, sácame la mejor canción, hazme chillar. Tócame, tócame y después déjame, déjame que me arreglo sola. Mi mano en mi pepita de cacao olorosa y suave. Mis dedos sobre mi pepita que se hincha, que rueda entre mis dedos. Ten-

go miedo, mucho miedo. Enciendan las luces, abran las puertas, abran las ventanas. Tengo miedo, mucho miedo. Alguien me persigue aquí dentro y no sé a dónde correr. Lamo mis propios jugos que se deslizan por mis muslos. ¡Ay! Tanta carne desperdiciada, tanto deseo inútil, tanta pasión banal. ¡Qué asco cómo se quieren! ¡Qué náusea, cómo se besan! Son las doce. Apúrate. Me tocan las pastillas de las doce. Y me olvidé las pastillas de las ocho. Y no tomaré el jarabe de las nueve. Dos verdes, tres amarillas y una blanca.

Tengo que ponerme bien. Hoy me toca confesarme. Quizás me perdone. Quizás me dejen salir a la calle. Tengo que ponerme bien. Tengo que ponerme linda. A ver: arréglate, péinate, límpiate la cara, sacúdete el polvo, seca esas lágrimas. Ya está. Estoy perfecta. Me preguntarán si todavía hablo con él. Dios mío, ¿qué tenía que decir? No, no le veo más. Estamos enojados. ¡Qué tonta! No le veo más porque no existe. Solo era mi imaginación. Ya estoy bien señores curas. Me veo mejor. Estoy lista para salir. ¿Y muy dentro vuelve esa escena que no puede dejar de recordar? ¿Cuál? Ni siquiera sé de qué me hablan. ¿Y ese hombre que no la dejaba en paz? Y yo, ¿un hombre? ¿Acaso tuve alguna vez un hombre? Fragmentos de ternura pasajeros. Nada que valiera la pena conservar en mi memoria. ¿Se ha quedado paralizada? ¡Oiga! Y yo, ¿me decían?

De regreso a mi habitación, me pregunto por qué me hace esto, por qué le sigo recordando, por qué le sigo viendo. Me pregunto por qué una persona como yo hablo tanto de Dios. ¡Qué sé yo! Me viene a la cabeza y no lo puedo evitar. Dios es solo una palabra, una pa-

labra hueca, por dentro está vacía. Me habrá quedado de alguna vida pasada. Ya saben, he vivido tantas vidas. Les conozco a todos, sé lo que harán y lo que no harán. Yo estoy en el origen, yo estoy en el principio, yo soy la zarza ardiente, la que recoge los animales para el arca, la que le vuela los testículos a Noé y le rompe la boca al profeta. Yo soy la que besa la cabeza cercenada del Bautista. ¿No reconocen mi letra en las tablas de la ley? ¿No me reconocen partiendo el mar en dos como una barriga preñada? ¿Acaso no soy aquella que camina por el desierto anunciando la buena nueva, mientras él cuelga de la viga más alta de la casa?

SAN URSICINO

Con una vela en la mano camino hacia San Ursicino, me siento al pie de sus restos mortales y espero. Él se apresura a ponerse a mi lado, está, como siempre, ansioso de tener con quién conversar. Antes de que yo pueda decirle mi crimen, él empieza con su cantaleta. Me la sé de memoria, palabra por palabra, gesto a gesto. Nació en Irlanda y luego de vagar por Europa, terminó en una ermita en el Jura. Allí vivió el resto de su vida. Muchos le siguieron y se vio obligado a fundar un monasterio. Un buen día, sin saber cómo ni por qué, cuando descansaba tranquilamente a la diestra de Dios Padre, le convirtieron en santo: San Ursicino. ¡Ni siquiera el nombre le quedaba! Todo estaba bien hasta que un papa cualquiera recibe la visita de un pobre gobernante de un país lejano, un país católico, un país devoto, un país consagrado al Corazón de Jesús, un país que se pronuncia contra el despojo de los Estados Pontificios, un pequeño país en medio de la nada con un nombre imaginario. El papa duda si realmente existe ese territorio, si acaso no está frente a un fabulador. Se regresa a ver a sus cardenales y les increpa: un regalo, un presente, algo que se lleve de aquí y que conserve en su memoria. Los cardenales atónitos buscan en sus minúsculos cerebros una respuesta. ¡Silencio! Ni el más leve ruido en la sala pontificia. Al papa se le remuerda la consciencia.

¿Qué podemos ofrecerle a ese pueblo tan devoto?, ¿qué podemos ofrecerle a este hombrecito ridículo que gobierna un país con un nombre tan ridículo, que afirma - ¡oh, hazaña tan grande! - que allí se divide la tierra en dos, que uno puede poner el pie derecho en el hemisferio izquierdo, y el pie izquierdo en el hemisferio derecho? Entonces le viene a la mente la imagen congelada de ese eremita medio calvo, con una cabeza demasiado grande para su cuerpo, con una barba larga y unos ojos saltones. Convoca a los extranjeros del país distante y les dice: Tengo el mejor presente para ustedes, será para nosotros un gran sacrificio. Ustedes lo merecen. Ordena a los cardenales que pongan los restos de San Ursicino, irlandés de nacimiento, fundador del monasterio que sigue la regla de San Columbano, su compinche que también fundó otro monasterio muy cerca. ¡Tomen, hijos míos, los sagrados restos de San Ursicino, llévenlo a su tierra atormentada, quizás así hallen la paz que hasta ahora les ha sido negada! Récenle a menudo y no dejen que la devoción al santo caiga en el olvido. San Ursicino y yo nos tendemos de risa en el piso frío de la catedral. No paramos hasta que nos duele el estómago. Nos calmamos y yo empiezo mi relato. Él me detiene: Mira, no me importa lo que vas a hacer o ya hiciste. No me pertenezco a este pueblo. Tienen un santo imaginario para un pueblo imaginario atravesado por una línea imaginaria. Tu crimen fue real. En buena hora, sácale provecho.

DIARIO DE JUAN DE DIOS SUBÍA

Amanece. Es un día esplendoroso. Poco a poco las nubes cubren el cielo. Otro día frío. Aún faltan varias horas para encontrarnos. ¡Qué lento pasa el tiempo! Abro un libro que no leo. Me quedo inmóvil frente a la ventana. Todo se aquieta, se aplaca. Antes de verte, llego al lugar acordado. Entro en cada tienda, visito los salones que pululan en este lugar. Reconozco al guardia con el mismo uniforme, los mismos funcionarios con sus mismos trajes grises, los vendedores ambulantes gritando hasta ponerse roncos. Mientras te espero, no te espero. Simplemente estoy aquí. Me siento en la mesa número seis en el mismo salón de siempre. La persona que atiende ya sabe quién soy: ¿espera a alguien? Y yo: Tal vez. Antes de verte, me pregunto, de mi parte, ¿quién vendrá? Dentro de mí, hay muchos. Unos son yo, otros no. Quizás acudan varios de ellos. Nadie responde por el otro. Cada uno habla desde su distancia. Antes de verte, solo existe el espacio que queda antes de verte. No sé quién eres. Tampoco quiero saber quién eres. No me digas tu nombre. Tu presencia ahueca mi existencia. Contigo des-vivo. Se triza el cristal que nos separa. Fragmentos de vidrio vuelan por el aire. La luz se refleja en ellos por unos segundos y luego, muere, antes de verte.

Me desnudo en medio de las sombras. Figuras fantasmales se arrastran por la habitación. Hoy los sueños serán pesadillas. Una llave de agua gotea. Nos tortura en medio del silencio. Me desnudo en medio de la noche y me doy cuenta de que soy noche. Una sucia pátina cubre las cosas de un rojo cobrizo. Una sordina acalla las voces. Bocabajo trato de avanzar hacia el estómago de la tierra. Se siente el latido de la Vía Láctea. No alzo la mirada para ver el cielo.

Te marchas en dirección contraria mientras miro cómo te alejas. Me gustaría detenerte, inventar algo que decirte, preguntarte si crees que el clima cambiará. Me quedo paralizado por unos minutos. Comienzo a caminar hacia la calle empedrada. Trato de reconstruir la conversación: ¿Qué dijiste?, ¿qué respondí?, ¿qué es lo que realmente dijiste?, ¿qué insinué? Permanece ese momento repetido sin fin: te levantas, es hora de irse, pagamos la cuenta, nos abrazamos, nos separamos, prometemos vernos de nuevo. Te levantas, es hora de irse, pagamos la cuenta, nos abrazamos, nos separamos...

Soy una sombra sin cuerpo que la proyecte. Una mancha plana que se arrastra por el suelo. No quiero ser sombra de nadie. Prefiero este anonimato y que la gente diga: ¿de quién será?, ¿a quién se la habrán quitado? Apago la luz y me fundo con la oscuridad.

LA CONFESIÓN DE MACARENA

Padre, confieso que él pecó. ¿Puedo decir los pecados del otro? Carezco de pecados propios, desde el primero al último, le pertenecen a él. Padre, déjeme decirle.

Sentada en la silla de madera, apoyados mis brazos sobre la mesa, oigo cómo sopla el viento. Abrí ventanas y puertas para que pudiera salir. Sin embargo, él se niega a hacerlo. Oigo de rato en rato, el golpeteo de sus zapatos contra la puerta. ¿Es un mensaje? ¿Intenta explicarme algo? Su cuerpo se balancea rítmicamente. Es un péndulo de movimiento perpetuo. ¿Por qué no desciende de su soga? ¿Por qué persiste en esa actitud de quedarse allí colgando de lo alto? Padre, ¿qué cree que le pasa? ¿Por qué no se marcha? ¿Acaso espera que yo me suba hasta allá arriba y lo baje lentamente? ¿Prefiere que otro me ayude y que yo lo reciba acá en mis brazos? Padre, ¿en qué piensan los muertos? ¿Qué les sucede cuando se les ha ido al alma? ¿En dónde se esconde su espíritu? Quiero encontrarlo, quiero hablarle, explicarle cómo me siento. Esta opresión que me aplasta la cabeza sin descanso, esta agrura en la boca, este amargo en la carne, esta desolación en las calles, este horizonte rojizo sanguinolento, este morirme yo también... Padre, ¿puede perdonarme su pecado? ¿Hará en

su frente la señal de la cruz? ¿Tocará con los santos óleos una a una las partes de su cuerpo? Padre, hoy está tan callado, como él, que no habla, que permanece mudo con la lengua morada, la cara azul y el rostro hinchado.

Padre, me duelen sus pecados, me ofuscan sus iniquidades, me destrozan sus ofensas, me hieren su alevosía. Padre, él es malo. ¿Va a perdonarle su maldad? ¿No entiende lo que digo? ¿Le parecen confusas mis palabras? Usted puede perdonar los pecados del mundo, pero, ¿puede perdonar esta maldad que él ha hecho conmigo? ¿Se atrevería a darle la absolución y decirle, sin más, quedas perdonado y ahora puedes presentarte ante el Señor? No, Padre, no creo que a usted le alcance los dones y maldiciones que le han dado para perdonar el mal que él ha obrado. Se le ha ido de las manos. Su sermón de hoy decía que Él ha venido a quitarnos el pecado, a darnos la gracia. Y creí que iba a añadir, porque tuvo un momento de duda, de inquietud, que Él iba a extirpar el mal del mundo, pero usted no lo dijo, no se atrevió a hacerlo. No, Padre, no creo que Él ni usted puedan quitar el mal del mundo, está más allá de su Dios, de su iglesia, de sus santos, de sus culpas y sus perdones.

¿Cómo volveré a casa si él sigue allí? El ruido de su cuerpo que choca contra las paredes, ese afán por desprenderse sin lograrlo, ese intento de escapar que aprieta la soga, como todo intento del destino que le toca a cada uno. Padre, mire, desde ayer comenzaron a salirme estas huellas en mi cuello, como si una soga invisible me estuviera quitando la respiración. Padre, me ahogo. Padre, yo también me muero.

FRANCISCO ANDRADE, LECTOR DE FRAY VICENTE SOLANO

Me aproximo al Ilustrísimo Monseñor José Ignacio Checa y Barba, Arzobispo de Quito, Diputado de la República, con los pies descalzos, con la mirada baja, con los brazos escondidos en la sotana. De pie junto a él, mi presencia no perturba su lectura concentrada, hasta que se detiene, coloca un dedo entre las páginas, su gesto preferido y me mira de manera interrogante.

Le digo que casi es la hora, que tendría que alistarse porque hoy tiene que ir al Palacio de Gobierno. Sin responder deja el folleto sobre la mesa, dado la vuelta para que yo no sepa qué lee. Ignora que hace tiempo que le observo y sé que no puede quitar los ojos del texto de Fray Vicente Solano, La predestinación y la reprobación de los hombres. Llevado por la curiosidad, yo también me empeño en comprenderlo.

Si no fuera por esta lectura compartida, por esta complicidad silenciosa que nos une, habría evitado matarlo. Han sido las palabras de este fraile las que me guiaron desde el inicio. Allí descubrí las razones, los destinos, los argumentos, que dieron valor a mi entendimiento y fuerza a mi cuerpo para cometer el delito.

¿Delito?, ¿crímenes? Uso estos términos al no hallar otros. Digamos que estoy justificado, salvado antes de que mi mano se levantara contra él, aun antes de que siquiera mi imaginara que podía hacerlo, antes de que él y yo naciéramos,

Porque él, Dios mío solo Tú podrías haber concebido un plan tan retorcido en tu sabiduría infinita que conoce todo desde el inicio de los tiempos, nació en el bando de los réprobos. El nació de una voluntad distinta de la tuya, él no contaba entre tus fieles, el pertenecía a la manada de los innombrables, de los excluidos desde siempre, de lo dejados de la mano de Dios, de los separados de su misericordia.

Él fue creado únicamente por la voluntad de la carne, por la concupiscencia de los cuerpos, por el refocilarse de sus progenitores y por eso, estaba demás, excedía en uno el número de los justos, de los elegidos.

Él lo sabía, yo lo sabía. ¿Acaso ha dejado de notarse ese leve tic que ensombrece su rostro?, ¿esa claudicación de sus piernas?, ¿ese vahído que le sorprende de improviso?, ¿esa constante duda sobre todo lo que hace?, ¿ese tormento interno de no saber si hace bien o hace mal?

"Unos son predestinados, y otros réprobos; es decir, unos se salvarán y otros se condenarán". Y sí, Ilustrísimo, usted estaba en el segundo bando. ¿Cometí un crimen? ¿Cómo se puede matar a alguien que está muerto? Al matarlo no se cometió ninguna afrenta contra Dios. Al matarlo se estaba cumpliendo su voluntad. El Altísimo fue quien lo puso allí, entre la masa de réprobos, entre la piara de los condenados de la tierra, entre los malditos.

Y yo, sin importar mis actos, sin medir sus consecuencias, sin tener que confesarme para ser perdonado, él y yo lo sabíamos, había nacido entre los predestinados, entre aquello santificados desde la creación, entre aquellos que esperamos morir y resucitar a la diestra de Nuestro Señor, entre los puros, porque la sangre derramada no mancha nuestras manos y las acciones monstruosas se borran aun antes de ser concebidas.

Crimen, señores, no hubo crimen. Tampoco justicia. Únicamente la inexorable marcha de cada quien a su destino. Le veo hundirse en el fuego eterno, le veo marcharse alegre repitiendo sin cesar: "Francisco, hay que cambiar el vino porque sabe amargo".

Ellos no lo saben, ellos no quieren saberlo. Yo soy el teólogo, el que lleva su Dios sobre sus hombros, el que negocia en la plaza pública con lo sagrado, el que manipula lo divino. Pongo cada parte del argumento en su secuencia correcta y luego extraigo la conclusión apodíctica, de la cual nadie puede escapar ni siquiera un tribunal divino. Como enseña Solano, los hombres nos dividimos entre los predestinados a la dicha, al goce de Su presencia y aquellos réprobos que sufren la ausencia de Dios para siempre. Unos pertenecen al género humano y otros no. Unos serán salvos hagan lo que hagan, digan lo que digan, confiesen o no sus pecados. Otros ya han sido condenados desde el momento en que nacieron fuera de la voluntad divina, alejados de sus designios, desde que su nombre no les fue dado por el Todopoderoso, desde que vinieron a la vida saliendo de la nada.

Así, en esta economía divina, él ocupaba un lugar y yo, otro. Él réprobo, yo predestinado, tal como los hechos lo demostraron. Entonces, conclusión ineludible, cierre argumental indubitable, dogma no escrito: tú estabas condenado para siempre. Entonces, te maté y no cometí crimen alguno y mis actos no pueden ser calificados de delito ni ser llevados ante los tribunales.

¿Confesarme? No he pecado. Ha sido un acto puro, simple, desnudo, que va más allá de toda moral; un acto sin más, sin sustento, sin significado, alejado de la historia sagrada; un acto sin gesto de la voluntad, sin comentario, sin habladuría.

Él ha muerto, simplemente ha muerto. No ha sido objeto de un crimen horrendo, sacrílego. Es una planta que se ha secado, una flor que se ha marchitado, un animal desangrado en el camal, una hoja que cae empujada por el viento, una piedra que rueda por la colina, un perro ahorcado en su propia cuerda.

Yo estoy justificado.

COMENTARIOS DE FRANCISCO ANDRADE
A LA CARTA DE IGNACIO CHECA Y BARBA A TODO EL CLERO Y EL PUEBLO

"Inescrutable son los juicios de Dios y muy adorables sus disposiciones!" Sí, inescrutables, impredecibles, sin importar cuánto ingenio pongamos en ello, se nos escapa por más que tratemos de apresarlo. Tanto que, como me empeñé en demostrarlo, con mis obras y no con mis palabras, sus "adorables disposiciones" se volvieron contra vos, contra toda la polvareda de la argucia que habíais levantado.

"Entónces muchas personas que abrigaban simpatías hácia mí, volvieron sus ojos para mirar mi pequeñez..."

Porque yo, como ellos, como tantos, supimos desde el inicio tu exacta medida, aquella pequeñez que con falsa modestia reconocías y que yo, más que cualquier otro, contemplaba cada mañana que pasabas por la catedral antes de ir al despacho y fingías con la máxima solemnidad decir unas oraciones en las que, estoy seguro, no creías.

"...y también porque no creía razonable cambiar un peso que aunque pequeño, me abrumaba, con otro mucho mayor y cuyo análisis, haciéndolo rápidamente el entendimiento, me hacía estremecer".

Un estremecimiento que no era otra cosa que ese anuncio con tantas señales, que no supiste reconocer, que nadie vio venir. Allí estuvieron, hubiera bastado quitarse la venda de los ojos, restregarse las lagañas de la autocomplacencia que tú y los tuyos pusieron sobre en tus párpados y la verdad hubiera estallado luminosa, penetrando por todos los rincones. ¡Ciegos, sí, ciegos vosotros ante tanta evidencia!

"En esta disposición me encontraba, cuando de repente se me comunicó la elección que de mi había hecho el Congreso de la Nación para que ocupara la silla arzobispal. Desde luego, mi primer pensamiento fue renunciar..."

Silla arzobispal que te vería retorcerte, apretando la boca para no gritar los primeros dolores, sobre la que después pondrían tu cadáver embalsamado, agarrado de los brazos de madera, tratando de aferrarte a una vida que hace rato se había marchado.

"...me hacen inclinar la cabeza para recibir resignado la tremenda carga que plugo á Dios imponerme..."

Esta es tu verdadera carga, no la otra, esa en realidad fue efímera, momento deleznable al que te aferraste y que yo, sí Dios mío, yo, tu súbdito fiel que confiesa todos sus pecados cada miércoles a la misma hora, que se arrepiente una y otra vez, solo para volver a refocilarme en el pecado, aquel más fuerte que la lujuria, más poderoso que la carne, ayude a liberar.

"...tienen tal trabazón entre sí, forman un todo tan único y armonioso, que al quebrantarse uno de ellos, todo se destruye y cae por tierra."

Así con un solo acto te vi caer al suelo, arrastrarte por el piso, lamer el polvo, aquel en el que ya estabas convertido. Grito, los demás creen que es de espanto, yo sé que es mi dicha, aquella que no se puede decir, que se saborea solo y en silencio, entre las paredes de mi celda, mientras los frailes se lamentan entre golpe y golpe del cilicio.

LA CONFESIÓN DE MACARENA

¿Y *usted sigue viéndole?* ¿Yo? Ya no, ya no más. Al fin se ha ido. *¿Puede asegurarme que rezará sus oraciones y que regresará en caso de que necesite ayuda?* ¿Yo? ¿Quién sabe? Hace frío. Creo que las ventanas están abiertas. ¿Quiere que cerremos las ventanas? Gracias. ¿Ahora está mejor? Mejor. *Temo por usted, por su vida, por la vida de los que le rodean.* ¿Por qué? Yo no me maté ni maté a nadie. Solo le vi allí en el baño colgando como un pedazo de carne inútil. Solo abrí la puerta y él me esperaba allí. Último mensaje desde el más allá. ¿Qué culpa tengo yo si el cadáver se balancea? *¿Quiere decir que se sonrió?* Un poco, un poquito. Me parecía tan ridículo encontrarlo allí, colgado, suspendido. *¿Y qué hizo inmediatamente?* Cerrar la puerta. Sentarme en la sala. Prepararme un café con leche. Después volví y abrí la puerta del baño y él seguía allí. ¡Qué persistente, qué necio! ¿Y fue entonces cuando...? Sí, fue entonces. *¿No le pareció irrespetuoso?* ¿De mi parte? Claro que no. Fue algo casi inconsciente, como las cosas que suceden sin que podamos controlarlas. Empujé la mano y él empezó a girar y girar y girar. Nadie podía detenerlo. *Si usted se encomienda a Dios, las cosas mejorarán, en estos casos ayuda mucho. Los creyentes soportan mejor el dolor.* Yo no soy creyente. No creo en nada. Mencioné su nombre como un gesto maquinal, como decimos siempre:

¡ay Dios! Peor para usted. Peor para mí. *Estoy seguro.* ¿Seguro de qué? *De que no crea en nada, ni siquiera en ese Dios al que implora.* Y ese fue mi primer día. Caminé por las calles como si él hubiera regresado a la vida. Respiré el aire cálido de la tarde. Crucé las calles sin fijarme en nadie.

Nunca se queda una vela prendida en el baño, con lo que ahora cuesta. ¡Qué descuido! Yo mismo habré sido. Tengo la cabeza en otra cosa. Me llaman la atención todo el tiempo. ¡Oiga preocúpese! ¡Fíjese en lo que hace! Y yo, un cuento. Mi mente se encuentra ocupada, vuelva más tarde. Mi cuerpo está vacío pero mi mente está llena. Será otro día. Sí, fue ese día en que la vela se queda encendida. Fue una premonición, un anuncio, un mensaje del destino que pronto descifraría. Ese día tampoco hablamos. Vivíamos juntos y casi no nos dirigíamos la palabra. En la noche, en medio del hastío, siento como se acerca y pega su cuerpo contra el mío. ¡Qué frío que está! Le dejo dormir. No quiero que mi insomnio sea contagioso.

Abro la puerta del baño para apagar la vela y allí está colgando de la soga, arrojando una sombra demasiado grande para su tamaño, movido por el aire tibio que entra por la ventana. *¿Te espero para comer o prefieres que cene sola? ¿Bajarás de allí pronto? ¿Te piensas quedar para siempre?* Me da la espalda. Me doy cuenta que se puso el mejor traje que tenía, ese gris con broches negros, ese que parecía de gamuza.

Padre, creo que Cristo no murió en la cruz, ese fue engaño para que pareciera más dramático. Le colgaron

de una soga larga en el centro de Jerusalén. Yo me inclino ante ese Dios, imploro al Cristo que cuelga de una soga y se balancea como mi hombre.

Te lustraste los zapatos. Te peinaste. Te dije que no te pusieras la camisa azul, que no te quedaba tan bien, sobre todo ese azul tan encendido. No va con tu edad. Pasaste de los cuarenta y quieres parecer más joven. Se huele la loción que usas después de afeitarte. Y como tienes el pelo tan lacio, te has puesto brillantina. Ordenaste el baño. Las toallas cuidadosamente dobladas. Las peinillas alineadas. Los frascos cerrados. El espejo sin vaho. No sé de dónde sacaste la soga. ¿Déjame ver? Debe cortar la piel. Tienes la cabeza inclinada como si meditaras en algo, como si recordaras a alguien. Te dejo. Tengo tanto que hacer y se me hace tarde. Me dormiré temprano sin esperarte. No hagas ruido cuando llegues. Prefiero que te quedes a dormir en la sala. Y si te quedas allí, colgando en el baño, ocuparé el de la sala. No te preocupes. No hay prisa. No hay prisa. La muerte es para siempre. Tómate tu tiempo. Yo, por mi parte, sigo quemando vida mientras el tiempo pasa.

Me siento a llorar sin detenerme. No hay gestos, no hay gritos. Solo las lágrimas que ruedan. Y me pregunto, ¿por quién son esas lágrimas? Y sé que son por mí. Lloro por mí misma, sin pena, sin compasión. Derramo mis lágrimas por lo inevitable, por lo que viene, por lo que no puede detener. Lloro porque el mundo no se detiene, porque me seguirán sucediendo cosas, porque veré rostros y hablaré con la gente, porque me enredaré en sus historias.

LOS COMPLOTADOS.
LOS JANSENISTAS

La casa de puertas de madera tallada se abre a las ocho de la noche. Sigilosamente, los jansenistas van llegando, cada uno espera por lo menos diez minutos antes de hacer su aparición. Evitan reunirse en lugares públicos y menos aún, pronunciarse a través de panfletos. Nada de esto les hace menos peligrosos.

Conocemos sus opiniones. Para ellos, nuestro obispo es la encarnación del mal: rechazan su deleite por las cosas terrenales, su benevolencia con la concupiscencia de sus curas, su facilidad para pecar, confesarse y enseguida comulgar.

Para ellos es imposible dejar de pecar si no se tiene la gracia suficiente. Estamos movidos por el maligno, nuestra carne somete al espíritu hagamos lo que hagamos. Nuestra boca en impura para recibir el cuerpo y la sangre de Cristo.

¿Cómo puede el obispo celebrar misa todos los días, consagrar todos los días, comerse a Dios todos los días?, ¿no ha comprendido que su satisfacción por el mundo, ensucia su alma y su cuerpo?, ¿no sabe que nos somos dignos de recibir a Dios dentro de nosotros después del primer pecado de Adán que nos quitó cualquier posibilidad de ser justificados?

Estos y otros razonamientos les atormentan. Golpean sus cuerpos hasta sangrar, ayunan hasta que desfallecen, se sienten tan indignos que ni siquiera quieren entrar en la iglesia. Alejados de la mano de Dios, tratan de mostrarnos su verdad: somos pecadores, estamos condenados irremisiblemente.

¿Qué hacer, qué hacer?, se dicen, se repiten. Se miran sin encontrar respuesta, hasta que a uno de ellos se le ocurre: hay que cortar la cabeza principal, hay que terminar con el mal ejemplo, hay que reconciliarlos con Dios y esta es la única manera.

Usando sus contactos secretos, urden sus planes. Se dedican días y días a seguir hasta el más mínimo movimiento de José Ignacio Checa y Barba. Saben a qué hora de la mañana cruza la Plaza Mayor para ir a la catedral, en qué momento se dirige al Palacio de Gobierno, los días que almuerza con el presidente, las fechas en las que viajará, el listado de gente a la que recibirá.

Entonces se siente preparados; ellos ya son pecadores; un pecado más no añade más culpa a la culpa, más indignidad a sus vidas indignas. Ellos asestan el golpe, ellos ejecutan el crimen que ha sido planificado minuciosamente.

Ellos rezan, imploran, se lamentan, antes de ejecutar su terrible acto. Ellos se encomiendan a Dios, aunque Dios no les escucha. Ellos convocan a las fuerzas de mal y juntos, embozados, ascienden por las gradas

de piedra, atraviesan la nave central, desembocan en la sacristía y allí esperan, confiados, el momento oportuno.

Como conocen con toda precisión la catedral, les ha sido fácil escapar sin que nadie notara su presencia.

Sí, fueron los jansenistas lo que mataron al obispo. Ellos que conocían sus secretos, que sabían de memoria sus homilías, que leían y leían sus arengas al pueblo cristiano. Ellos que se rasgaban las vestiduras ante este cura liberal que hablaba en nombre de la República conservadora.

Sí, **sí,** fueron los jansenistas.

DIARIO DE JUAN DE DIOS SUBÍA

Entro en la catedral y el gran Cristo preside la ceremonia. Rituales de sangre en la boca de los fieles. La imagen del dios se vuelve borrosa y luego se aclara. Veo el cuerpo de Cristo que se cae a pedazos y queda decapitado, sin miembros. El Cristo va y viene de la nada. Tengo que creer, tengo que creer, para que Él no desaparezca, para que se quede conmigo.

Yacen los muertos en las casas abandonadas, en el galpón vacío. Descansan en las buhardillas que hemos dejado de visitar. Yacen los muertos quietos y desnudos, esperando que alguien les recuerde. En sus ojos un destello de sorpresa, por haberse marchado tan repentinamente. Hace tanto tiempo que no hablo con ellos. Sus rostros se borran en la neblina. Las palabras apenas si son ecos efímeros. Nos sacamos de encima su mirada vigilante. Yacen los muertos en los baúles cerrados, en los rincones polvorientos, en las bodegas cerradas con candados. Llaves perdidas de habitaciones en las que jamás entraremos.

Me gusta ver los campos sembrados en la colina. El trigo y el maíz en largas hileras, mientras el aire se llena de la inquietud de los pájaros. Un presagio de lluvia ennegrece las nubes. Cuando el viento de la tarde se

levanta, pierdo el hilo de mis razonamientos. Me dejo ir. Me vuelvo la hoja que cae, el polen que revolotea, la sombra del árbol frondoso. Con las primeras gotas de lluvia, vuelvo a mí mismo. Los sembríos se alejan y avanzo por la calzada, sin prisa, sin urgencia.

Me gustaría que mi escritura fuese tenue como frágil luz del amanecer, que nada estuviera claramente dicho, que las páginas se vieran brumosas y que las palabras apenas si se pudieran reconocer. Quisiera que mi voz deje el mundo como está, que se aleje de las cosas sin tocarlas, que las frases caigan como lluvia, rueden hasta el río y desaparezcan en el mar. Me encantaría poder decir sin decir, hablar sin hablar, ser el eco de voces desconocidas de pasajeros gritándole al paisaje y yo detrás de los pajonales respondiendo guturalmente. Y al final de mi vida que se refieran a mí, diciendo: "Jamás pronunció palabra".

MACARENA A SOLAS CONSIGO MISMA

Han pasado diez años. Ahora es marzo de 1887. Hace tanto tiempo que preparo este viaje de regreso a mi Andalucía. El sermón de hoy día recuerda la muerte de no sé qué obispo. Dicen que fue una muerte sacrílega. De don Juan de Dios Subía, ni una palabra. Me pregunto si fueron dos hombres o uno solo. Sus rostros se superponen y me confunden.

Mi don Juan de Dios llega a casa con su cargamento de substancias extrañas, que desprenden vapores olorosos unos, asquerosos otros. Él me mira y se sonríe, aunque su sonrisa se desvanece y otras voces llegan a mis oídos.

"Doña Macarena, está un poco gorda". Manchas del tiempo en mis piernas, ya no distingo a la gente de lejos, todo me sabe desabrido. Me paro frente al espejo y sonrío. ¿Qué distante está todo? ¿Qué sensación de lejanía como si estuviera en medio del mar en el barco que me lleva de regreso?

Hoy me toca comprar leche, pan, hacer mermelada de piña y mango, subir a San Francisco, pasar por la zapatería, darme una vuelta por la Plaza Mayor con este hermoso vestido de organdí y el chal azul que me cubre la espalda. ¿Habrá vinagre en la botica? "Pase Doña Macarena, ¿qué necesita ahora?"

La masa está lista, galletas avena. El horno demora en calentarse. Dejaré que se quemen. No sé por qué estas galletas tienen ese gusto por el fuego. Y me viene a la mente, no sé por qué, el clérigo que me confiesa: Don Francisco Andrade. ¿Qué habrá sido de él? Dicen que fue a recluirse en un miserable pueblo de la sierra. En ese momento estuve segura de que fue él quien tomó la estricnina. Ahora no sé. En ese tiempo, las ratas se morían en el patio. Creo que fue el veneno que escondí. No importa.

Me gustaría convertirme en jansenista. Dicen cosas absurdas, proclaman doctrinas que me resultan graciosas. Lo haría por el nombre. ¡Qué bien sonaría!: ¡Doña Macarena Montes, viuda de Subía, Marqués de Torralba, jansenista! Y la gente se volvería a verme con ojos de sorpresa y yo me escondería detrás de una sonrisa misteriosa.

¡Qué emoción, han florecido las azaleas! Las violetas están llenas de flores a reventar. Y creo que mis orquídeas están listas. Llaman a la puerta. Es el nuevo boticario mayor. "Doña Macarena, quisiera presentarle mis respetos." Y yo con cara de asustada. "Quería decir: se cumplen diez años". Y yo: ¡Ah! Me quedo mirándolo sin saber qué decir, así que él se apresura en despedirse con todas las venías y cortesías posibles.

Siempre quise volver a mi tierra. Es un doble viaje: por ese mar áspero que me revolverá las tripas y ese otro, hacia dentro. Quizás pueda encontrar ese pequeño resplandor para guiarme, para conducirme no sé a dónde, pero lejos de este pueblo. Les dejo sus muertos. Yo me marcho sola. Borraré de mi nombre el apelati-

vo de viuda. Y cuando me pregunten solamente diré que un día desapareció y que nunca pregunté que había sido de él.

Si apareciera el canónigo Francisco Andrade, lo llevaría conmigo en esta travesía. ¿Confesarme? "Padre confieso que estoy contenta de irme sin recuerdos, sin remordimientos". Lo miraría frente a mí, tratando de escudriñar mis pensamientos. Seguramente me preguntaría por qué ha querido llevarme a España.

Me invade una sensación de pesadez, el cuerpo se afloja, los ojos se cierran. "Padre, ¿sueña como yo?". Para él y para mí han pasado los años como una tormenta de polvo que barre las calles, como una poción mágica que borra los recuerdos, como si la imaginación nos hubiera jugado una mala pasada.

¡Ay! Se huele a galleta de avena quemada. ¡Cómo me gusta ese olor dulzón que invade la casa!

FRANCISCO ANDRADE. NOSTALGIA

Han pasado diez años. Hoy es 30 de marzo de 1887. Aquellos viejos sucesos, perdidos en la memoria, me parecen tan irreales, como si una bruma densa se interpusiera entre el presente y los hechos ahora tan distantes. Me digo, ¿cómo pudo pasar? ¿Cómo fui conducido a poner el veneno en el cáliz? ¿Qué razonamientos confusos empujaron mi voluntad? No sé si fue justo o injusto. Tampoco espero ser entendido o perdonado. Recordar me provoca una cierta nostalgia, una tristeza que baja con la neblina, como un gris sucio que pinta las paredes y ensucia los cuerpos. Diez años pasaron raudos. Sucesos que ya nadie rememora, que a nadie le importa. Está muerto, bien muerto. ¿Condenado, salvado? ¿Quién sabe? Lamento que mi vida haya quedado marcada por ese acto. Jamás pude explicar mis motivos. Pronto llegará mi final, me reuniré con él. ¿Qué me dirá? ¿Cómo me justificaré? Quizás me quede callado sin atreverme a pronunciar palabra. Falta poco para que este dolor, para que esta opresión que no me deja caminar, esta rarificación del aire que respiro, me lleve hasta el último día de mi vida. Me deshago como el mundo que se cae a pedazos. Talvez debería agradecerme. ¡Tantos años de tormento que te ahorré! ¡Tanto martirio que te evité! Tu carne en paz consigo misma, me perdona. ¿Tu alma? No sé ni quiero saberlo.

Ya no espero. He perdido hasta la más mínima capacidad de instalarme en una esperanza. Tampoco me desespero. Sería un gesto pretencioso y la vanidad me es extraña. Tantos años luego de esos sucesos perdidos. Me siento arrojado a un escenario sin actores ni público. Me inclino ante dioses ausentes en esta iglesia vacía. Pedí mi traslado lejos de la capital, huyendo de la catedral, evitando que vuelva su imagen. Soy el párroco de este pueblo perdido en los Andes, minúsculo, breve por decir lo menos, que apenas tiene un par de calles siempre desoladas. A veces alguien sale de su casa y me habla. El domingo unos pocos fieles oyen un sermón inentendible.

Palmira, lugar desierto, un camino mudo atraviesa el pueblo, a cada lado solo arena. Unas pocas casas de barro, un guardia civil inmóvil en la esquina guiando a los animales. "Alto, siga, pase" Unas vacas ciegas chocándose contra los postes. Y el guardia civil, con su uniforme empolvado, insiste alzando la voz: "Siga, siga"

¿Por qué no aceptaste el destino humilde de cura de pueblo? Pero, no. Tenías que ser obispo, tenías que organizar tu propio concilio, tenías que ser diputado. Nada te hubiera pasado. Sería simplemente, el Padre José Ignacio. Nada de Checa y Barba. Nada de honorable congresista. Nada de obispo de Quito, de Papa, de teología, de vida convertida en un retruécano.

Pasó. No volverá a suceder. Metido en mi sotana polvorienta, me quedo en la iglesia, solo como siempre estuve, como siempre estaré. Ahora yo soy el único que se acuerda de ti. Para los demás, has quedado convertido en un párrafo marginal en la historia del país, en

una anécdota irrelevante. ¿Qué cambio con tu muerte? Nada. Fue un crimen, antes que atroz, inútil. Y yo que estaba seguro de haber interpretado el signo de los tiempos. Pobre de mí, ingenuo de mí.

Salgo temprano, cuando la neblina aún no se ha levantado. Camino de un extremo a otro las dos únicas calles de Palmira, penetrado por el frío andino, por el rocío que moja mi cara. Y en medio de la bruma densa, me inclino y beso el suelo, lamo la tierra húmeda. Esta es mi oración matutina para ti. El resoplido de las vacas, la luz que se cuela por los resquicios de la pared, me devuelven a la realidad. Abro la puerta desvencijada de la iglesia, hago sonar la campanilla, dispongo el altar para la misa, traigo el cáliz de la sacristía y la pongo en el centro. Vuelco el vino en el cáliz. Y me la bebo sin haber convocado a ningún dios. He dejado de consagrar. ¡Qué más me da si estos pobres espíritus de Palmira creen que sorben la sangre de Cristo cuando solo es vino de mala calidad!

Todos bebemos vino profano. Todos somos como esas vacas ciegas estrellándose contra los árboles. Y tú, José Ignacio Checa y Barba, con el rostro borrado por el tiempo, con tus palabras disueltas en los días. Miro hacia atrás y veo una pintura difuminada, en donde ya no se reconocen los personajes. Muchas veces ni siquiera sé a quién dedico esta oración. Siento la necesidad de hacerlo y no sé por qué.

¿Cuál era la idea de la luz, cómo se le ocurrió que podía iluminarme si yo soy resistente a la claridad? Una sombra que no puede ser penetrada por la luz, una mancha refractaria a los reflejos, una oscuridad en mi

alma en la que nada se puede ver. Un abandono de Dios, un territorio sin huellas en donde jamás se ha pronunciado una palabra. Esa negrura a la que te conduje, ese destino maldito que terminó siendo también el mío. Mi vida es una vaca ciega chocándose contra los muros.

¡Dios mío, qué tarde se ha hecho! ¡Cómo se ha quedado congelada la tierra en las cuatro de la tarde! En esta hora en la que te declaran muerto: "La vida le ha dejado". "Exhaló su último suspiro". "Su alma se fugó del cuerpo para siempre". "Acógele Señor en tu seno".

Creí que tenía tiempo, que aún me quedaban unas horas y no, el tiempo se había cumplido. Vivo momentos prestados, en donde nada sucede, nada puede suceder. Un instante igual a otro, digo el mismo sermón una y otra vez, cada madrugada camino en medio de la misma neblina y mi oración para ti, es la misma oración de ayer. Me inclino antes Dios Todopoderoso. No quiero ser perdonado. No me confieso ante Ti. ¿Cómo podría hacerlo? Hay crímenes que no se pueden decir, que asesinan la realidad, que cosen a puñaladas la carne de esta tarde que se muere a las cuatro en punto.

Tu agonía fue breve, la mía ya dura diez años largos, tediosos, interminables.

UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Casa Editora

ISBN: 978-9942-778-98-7

9 789942 778987